

522

FRANCISCO DE P. RUEDA.

HOMENAJES.

A SU MEMORIA.

BOGOTÁ:

IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS.

1883.

FRANCISCO DE P. RUEDA.

HOMENAJES
A SU MEMORIA.

BOGOTÁ.
IMPRESA DE MEDARDO RIVAS.
1883.

UNIVERSITY OF

WEST VIRGINIA

LIBRARY

CHARLES TOWN, W. VA.

A MI HIJA.



Este libro, que ha formado la amistad como para consuelo del inmenso dolor que la pérdida del mejor de los esposos, del más tierno de los padres, del que llevó todas las virtudes al extremo, es tesoro precioso que derrama en el corazón de los que lo lloramos un bálsamo consolador, ya que nada podrá cerrar la ancha herida que esta desgracia ha abierto en nuestra existencia.

Conserva, querida hija mía, esta reliquia que en el aniversario de tu desgracia te ofrenda la amistad. Mis muchos años y crueles padecimientos morales han blanqueado mi cabeza, y pura siento mi alma como la nieve de mis canas. Este título de orgullo, y las virtudes de tu madre, son la mejor herencia que puedes tener. Y ya que Dios no quiso dejarte conocer á la que estaba llamada á enseñarte á ser tan buena como ella, yo conservo para mí la satisfacción de haberte formado digna del esposo que hizo tu felicidad durante diez años, y que al morir exaltó el entusiasmo de todos los hombres de buena voluntad é hizo llorar enternecidos á los amigos que hoy te ofrecen en este libro

el tributo debido á la memoria del que tan cumplidamente llenó su misión sobre la tierra.

Guárdalo para orgullo de tus hijos, y para que aprendan en él á conservar puro y sin mancha el nombre de aquel que ha sido acreedor á los elogios de estos nobilísimos caballeros. Cada una de las firmas que lleva es un timbre de gloria. Ellas nunca han sido puestas sino al pie de las verdaderas inspiraciones del corazón.

Enseña á tus hijos á conocer bien á estos caros amigos, para que su gratitud por ellos sea grande, como es grande el dolor de su desgracia.

En las últimas páginas hallarás el retrato moral de tu santa madre, trazado por mano honrada y fiel. He querido colocarlo aquí para que lo tengas como el modelo de tu vida.

Tambien hallarás el bello escrito en que RUEDA quiso hacer el retrato de tu padre. Prescinde de todo aquello que no merezco y que trazó el cariño, y consévalo como un recuerdo de lo que fué su amor por ti y por los tuyos.

Dios te conceda, querida hija mía, resignación, ya que nada en la vida, ni aun mi inmenso amor hacia ti, puede aliviar tu grande infortunio.

JORGE VARGAS.

BOGOTÁ, Agosto 22 de 1883.

Señor Francisco de P. Borda,

Presente.

ojo
y pag. 51

Mi estimado amigo:

DEVUELVO á usted la Memoria y los otros impresos que usted me entregó para que me sirvieran en el intento de escribir alguna cosa sobre nuestro amigo el doctor Rueda. Y los devuelvo á usted sin haber escrito nada, por una razón muy sencilla: porque usted no me ha dejado nada nuevo que decir de él.

Su escrito, que es una verdadera monografía, es digno de tan digno objeto.

“El carácter de estos tiempos, dice un escritor contemporáneo, es que no hay sino medios caracteres.”

El doctor Rueda era un carácter entero; y esta frase encierra todo su elogio.

Modesto y estudioso, fiel á sus convicciones y esclavo de su palabra; poseyendo en alto grado una conciencia recta y una inteligencia elevada; esposo fiel á su esposa, y padre amante de sus hijos, el doctor Rueda era uno de esos modelos propios para elevar las almas en la sociedad, y calentar en el hogar doméstico los corazones.

No ha olvidado usted la esposa del doctor Rueda, como hubiera sido injusto el hacerlo. Bien comprendió usted que ella es una de esas mujeres que entran en la vida de un hombre como un rayo de luz en una estancia; ángeles consoladores de todas las penas, influencias benéficas de todas nuestras fortunas.

Reciba usted mis felicitaciones por el honor, que le envidio, de haber desempeñado tan acertadamente su amistoso empeño.

Soy de usted muy afectísimo amigo,

TEODORO VALENZUELA.

LA GENERACIÓN DE 1848.

FRANCISCO DE P. RUEDA.

Il ne s'agit plus absolument de discourir sur les qualités qui font l'homme de bien, mais de l'être.

(PENSÉES DE MARC-AURÉLE.)

Tiempos de decepción y de pena parecen haber llegado para el liberalismo colombiano. Amenguadas sus conquistas, medio borradas las tradiciones de su historia, que es la historia de las ideas y de las instituciones más avanzadas del país, atada la generación actual al poste de una derrota que no causó y de que no es responsable, el partido liberal ha visto también á la muerte hacerse aliada de su enemigo, entrar al campo de sus labores y segar sin piedad las figuras más altas que formaban su orgullo, su fuerza y su esperanza. Casi á un mismo tiempo se abrieron las tumbas de ZALDÚA, de RUEDA y de RENGIFO; y antes que éstas la de MURILLO, el genio político más trascendental de nuestra historia contemporánea, la de ANCÍZAR, lujo de las ciencias, lujo de los consejos diplomáticos, lujo del hogar, carácter generoso y amplio, representante natural de todo lo que hay de elevado en el espíritu de la nación; la de LA TORRE, patriota modesto, obrero incansable y noble en la labor liberal; la de LIBORIO DURÁN, especie de caballero feudal de nuestras milicias, que defendía su patria y su hogar como los antiguos caballeros defendían su rey y su castillo; la de MORALES, guerrero invicto; la de FERRO, jurisconsulto y escritor; la de JOAQUÍN VENGOHECHEA, carácter antiguo, digno

de la República; la de LÓPEZ, modesto y denodado; y hoy mismo, cuando estas líneas trazamos, se abre como un abismo la fosa de TRUJILLO, grande como las pasiones que la cavaron, pero pequeña, y muy pequeña, para guardar sus glorias, sus virtudes excelsas y el recuerdo legendario de sus hechos.

El espíritu se conturba al presenciar cómo la muerte ha querido, insaciable, destrozar con un solo abrazo lo mejor de los blasones del país por su inteligencia, su virtud y su heroísmo. Creeríase que la Providencia ha querido llevarnos hacia las riberas eternas para que, en presencia del bien inmutable y de la pequeñez de nuestras grandezas, desdeñemos esta melancólica quimera de la vida.

MURILLO, ANCÍZAR, TRUJILLO, ZALDÚA, RUEDA — Qué nombres! Se nos figura hoy el partido liberal aquel héroe de la leyenda que, herido en la frente y en el brazo, se veía obligado á agotar su último aliento para acercar su corazón á la urna cineraria de los antiguos héroes y revivir como el hijo de la tierra, al contacto de su madre, y, como aquél, renovar la fábula de sus hazañas y sus glorias.



La generación de 1810 fué una generación guerrera que dominó el genio de Bolívar, que cautivó la gloria y marchó al combate á echar con su denuedo y su martirio el fundamento de la patria. A ella sucedió la de 1825, embriagada con las primeras auras de la libertad y que fué á agonizar con VARGAS TEJADA en el desierto, y se detuvo más tarde, desconcertada é inerte, al pié de las tumbas de VICENTE AZUERO y de SANTANDER, que la habían sustentado, aquél con los ardores de su inteligencia, y éste con su genio dominador y fecundo, que ha venido á ser después como el alma nacional.

No es sino en 1848 cuando la presente generación liberal toma posesión de la vida política y le señala corrientes nuevas, amplias y fecundas. Sincera y brillante, hace libres el pensamiento y la conciencia; original y valiente, abre la escena á todas las resistencias para vencerlas; pensadora y prudente, recoge, distribuye, regulariza y defiende la riqueza pública; organiza la administración, restablece los fueros civiles del Estado, y dando libertad á los esclavos, á los cultos, á la prensa, á la palabra, funda esta sociedad nueva que ha entrado en posesión, como conquistadora, de los domi-

nios de la ciencia, de la historia, de la filosofía y de la política. Jamás generación alguna llegó á la vida pública con más audacia ni más confianza, ni aseguró mejor sus victorias. "Ella tenía lo que con nada se reemplaza: la unidad de miras en la variedad de los esfuerzos."

Hijo de esa generación gallarda fué FRANCISCO DE P. RUEDA. Ninguno mejor que él tenía aquella alma varonil é inteligente que así dicta los consejos de la prudencia como imprime el impulso de las grandes cosas; ninguno se identificaba mejor que él con aquellos soldados de la idea que, sin más armas que su inteligencia y su derecho, habían volcado un sistema entero de fuerzas y de opresión y esparcido sobre los pueblos las riquezas incautadas de la libertad.

Era RUEDA uno de aquellos tipos singulares y múltiples que, como la antigua Grecia, sólo produce hoy el genio de la América latina: guerreros y poetas, oradores y diplomáticos, jurisconsultos y humanistas, que así manejan la espada como la pluma, cantan como Ossian, legislan como Solón ó Licurgo, enaltecen el foro, estudian los intereses humanos, hacen parte del gran mundo, brillan en los salones y al día siguiente, gallardos sobre sus hermosos caballos, los veis atravesar las llanuras, lidiar sus ganados, dirigir el cultivo de sus tierras y llevar á sus hogares el amor y el sosiego que parecían perdidos en las asambleas ó en el forum agitado de la República.



El año de 1854 fué una época de prueba y de gloria para las instituciones liberales. RUEDA sufrió esa prueba y participó de esa gloria. Un soldado oscuro y audaz, sin creencias ni temores, había inundado en sangre el suelo de la Patria, y el cuatro de Diciembre de aquel mismo año la capital fué testigo de la batalla decisiva que restableció en el país el imperio de la Constitución nacional. Las calles de la ciudad fueron ocupadas por ejércitos compuestos de todo lo que la nación tenía de más brillante en las diferentes clases sociales. Las mujeres, los ancianos y los niños se agolpaban á los balcones y ventanas y preguntaban por los valientes cuyos hechos habían oído referir con asombro y con sigilo, durante los ocho meses que la guerra había durado. Los nombres de MOSQUERA, HERRÁN, LOPEZ, PARÍS, HERRERA, ARBOLEDA, PLATA, &c., se oían por todas partes: glorias antiguas á las cuales estaba acostumbrado el oído popular. Cuál es CISNEROS? se preguntaba; cuál es GUTIÉRREZ, cuál es SUÁREZ FORTOUL, cuál es RUEDA?

RUEDA había hecho resonar su nombre en todo el país. El más formidable de los enemigos había caído al choque, también formidable, de su lanza. Dispersos, después de las batallas de Cipaquirá y Tiquiza, los compañeros del General FRANCO, el PÁEZ de aquella restauración, que había sido no vencido sino detenido por la muerte, se retiraban hacia los páramos, y entre ellos iba RUEDA incorporado á un grupo de valientes que, perseguidos de cerca, comprendían que había grande interés en alcanzarlos. Llegados al primer declive de la cordillera que forma el páramo de Chaleche, fueron rodeados repentinamente por un cuerpo de caballería enemiga, al mando de cierto renombrado Jefe cuyas hazañas sembraban el espanto y el estrago en los Departamentos del Norte. No había modo de salvarse: combatir parecía inútil. Los compañeros de RUEDA confiaron su salvación á las aguas de un pantano vecino, donde no podía penetrar la caballería, y á él se arrojaron. RUEDA se detuvo, dió frente al enemigo, y arrojando una de dos lanzas que llevaba, empuñó reciamente la otra y esperó. Un espectáculo sublime tuvo lugar entonces. Aquel mancebo valeroso, de pié sobre el declive de la montaña, iluminado el rostro por el sol de Occidente, trémulo el labio, fija y altiva la mirada, recibió el empuje violento de su contrario, que, fiero en su caballo, pasó desgarrándole el vestido y rozándole el costado con su lanza. Terrible momento! Todos se detienen, los unos entre las aguas, los otros á distancia, y miran asombrados el combate singular. El Jefe, que siente en ese instante sobre sí la mirada de todos, amigos y enemigos, detiene su caballo, lo revuelve y parte furioso sobre el temerario adolescente. Este le espera de nuevo, crúzanse las lanzas, y el formidable Jefe, desazonado y herido de muerte, cae á tierra arrojado por su caballo, que huye asustado como si sintiera temblar el suelo al iracundo esfuerzo de los héroes.

Hay en el ánimo y aliento que desprecia la vida y subyuga los peligros, una superioridad que domina el espíritu de los hombres, tal vez mayor, ó que se impone más pronta y eficazmente, que aquella del pensamiento ó de la conciencia destinada á imperar sobre las vicisitudes de la vida humana. La memoria de Vicente de Paúl aplaca y suaviza el corazón; es el lazo misterioso que une las amarguras de la vida á los consuelos celestiales; pero la memoria de los héroes seduce, cautiva y se impone tan soberanamente en el ánimo del hombre, que dudamos mucho que la figura de Héctor ó de Aquiles sean alguna vez sombreadas por

las virtudes religiosas, morales ó políticas de los demás actores en el drama de la historia.

RUEDA, prisionero y amenazado de muerte por los compañeros del terrible Jefe, fué llamado por éste á su lecho de agonía, y extendiendo su brazo de Hércules, estrechó aquella mano de niño que le había vencido, diciéndole: “usted es un valiente, es un caballero; no conservo rencor alguno contra usted, y en prueba de ello, hágame usted un último servicio, entregue usted á mi familia este anillo, este reloj y el dinero que llevo conmigo.”

Las sombras de la muerte se interpusieron entre aquellos dos hombres. Ellos, sin embargo, quedaron unidos por la admiración y la indulgencia, que son, y ojalá lo sean siempre, las últimas palabras en estas luchas de dementes que se llaman guerras civiles de América.

El carácter de la Nación colombiana se formó bajo el influjo de grandes cosas. Puede decirse que la historia colonial es apenas la historia del decaimiento y desaparición de la raza india, absorbida por otra más fuerte y más civilizada; es la lucha de dos civilizaciones que combaten y cumplen leyes inexorables de la historia: no fué sino en los albores de este siglo cuando apareció la nacionalidad apoyándose en nociones fundamentales de derecho y en un desarrollo sorprendente del espíritu. Aparte de los elementos sociales que concurrieron á formar la nación, el espíritu nacional se movió al impulso de dos resortes poderosos: la elocuencia civil y la elocuencia militar. ZEA en el Congreso de Angostura y BOLÍVAR en su tienda de campaña, son, el primero con sus discursos y el segundo con sus proclamas, los representantes del sentimiento popular que tan bien supieron vaciar en los moldes de la libertad y la República. Dueño el país de una lengua rica y sonora; nacido en medio de circunstancias de lucha y de gloria; impresionable y vivaz como todos los pueblos meridionales, formó de suyo un auditorio ávido de esas impresiones que nacen y se agitan, crecen y se elevan á la voz de oradores elocuentes ó de tribunos revolucionarios. De aquí viene que la elocuencia, fruto de nuestra raza y nuestra historia, haya alcanzado entre nosotros singular desarrollo. Tribunos vigorosos, dominadores, han tenido nuestros parlamentos y el foro y la cátedra sagrada han sido muchas veces conmovidos por acentos de elocuencia verdadera.

RUEDA figura con honor entre nuestros oradores. No fué un tribuno popular ni un orador parlamentario, porque á ello no lo llamaron las circunstancias; pero cuando subió á la tribuna, lo hizo con serenidad, confiado en sus ideas y en su palabra, y bajó de ella en medio de aplausos y entusiasmo.

Recordamos haberlo oído en ocasión solemne. No era ya el gallardo mancebo que con su brazo y su valor había conquistado brillante página de gloria. Era un hombre grave y severo, de mirada profunda, ancha frente, tez pálida, y en sus labios se distinguía la sonrisa ligera y triste que sobre ella dibuja el conocimiento profundo de la vida. Hablaba en nombre del Tribunal de justicia de Cundinamarca, del que era Presidente. Su palabra sobria y decorosa tenía la majestad de la ley en cuyo nombre hablaba; y como se dirigía á un héroe que acababa de subir al solio presidencial, se esforzaba, héroe también, héroe sinceramente republicano, en realzar el prestigio de las instituciones sobre los prestigios del poder y de la gloria.

No defraudaremos su memoria dejando olvidadas sus palabras. Elegantes y sencillas, tienen un acento republicano, austero y elevado que dibuja bien la fisonomía de los pueblos libres. Su discurso llegó al espíritu de su auditorio como un eco de los tiempos helénicos. Consignémoslo aquí en honor á su memoria:

« Ciudadano Presidente.

« A nombre del Superior Tribunal de Cundinamarca, que tengo el honor de presidir, os doy la más cumplida enhorabuena por vuestro advenimiento al Poder Supremo, congratulándome en estos momentos solemnes con el numeroso pueblo que os corteja al veros ocupar dignamente la silla presidencial de Colombia.

« Mas, antes que á vos, sobre cuyos hombros gravita desde hoy enorme peso, felicito á la Nación por el acierto que ha tenido en elegir al ciudadano que, si se ha distinguido siempre por sus proezas marciales como soldado de la República, no menos recomendable se ha hecho por su austero civismo y jamás desmentida probidad; pues que si una elección semejante es en todo tiempo una garantía para los gobernados, doblemente debe serlo en una época como la actual, cuyas circunstancias no son muy halagüeñas para la causa de la paz y del orden, que es la noble causa de los hombres de bien.

« Si ahí bajo ese dosel consultais los anales de la presidencia, desde la gran Colombia, hallaréis muchas virtudes que imitar, como también muchos abusos que proscribir. Vos no seguiréis las huellas de éstos, porque es impropio de vuestro carácter, ni quizás imitaréis aquéllas, porque no necesita de imitar virtudes quien las tiene propias; pero sí es de esperarse, y esto por lo mismo que teneis la fortuna de contar numerosas relaciones, que tendréis muy presente una importante enseñanza que esos anales nos ofrecen, á saber: que la lisonja vil y las imprudentes sugerencias de una amistad exagerada ó fementida, han sido siempre más funestas para la reputación de los altos Magistrados, que las conjuraciones armadas de sus más apasionados enemigos.

« Vuestros precedentes y el giro que la política va tomando parecen presagiarnos que vuestra Administración será honrada y realmente liberal: es decir, que en todos los actos y accidentes de ella, vos tendréis por oráculo la Constitución, por norma la ley, por consejera la prudencia y por guía la buena fé.

« Estos son, á lo menos, los sinceros votos del Tribunal en cuyo nombre os hablo, el cual os ofrece á la vez toda la cooperación de que sea capaz en el sentido de que las leyes tengan estricta ejecución.

« Quiera la Providencia, ciudadano Presidente, que estos actos se cumplan! Y nada importa para vuestra fama que después la historia no os conceda los atributos de Júpiter ni Marte, con tal que pueda decir de vos lo que el cronista de la Colonia dijo de Venero de Leiva: “El Presidente mantenía á todos en paz y justicia; y fué muy agradable y se llamó siglo dorado el tiempo de su Gobierno.»

« Bellísimo. Creyórase uno en Grecia, en los grandes tiempos helénicos, »

La obra de la organización política de los pueblos de la América latina es un problema apenas trazado sobre el tablero de las revoluciones. No obstante, el país colombiano ha sido fecundo en hombres de Estado. Los guerreros han hecho su camino, pero los hombres pensadores han hecho también el suyo; y puede decirse que este organismo moral, activo, independiente, que forma nuestra nacionalidad, es hijo, más que del valor ó el heroísmo, de la inteligencia de los hombres. El alma nacional se apasiona por Ricaurte, pero la seducen y cautivan Camilo Torres, Santander, los Azueros y demás fundadores civiles de la patria.

De aquí que RUEDA atrajera prontamente la atención y el respeto cuando llegó, llamado por el partido de sus convicciones, á ocupar puesto de honor en los consejos del Gobierno nacional.

Profundo conocedor de las leyes de la naturaleza humana y de las que rigen la inteligencia y la voluntad de los hombres, era esencialmente, por educación y temperamento, un hombre de Gobierno.

Jamás hombre alguno de su patria paseó mirada más serena y clara sobre el mecanismo social. Espíritu imperturbable, se le vió erguido, frío, incommovible en la época en que colaboró en el Gobierno, que fué una de las más tormentosas de la República. El partido político que él había combatido en 1854 y que entonces seguía al General Melo; el mismo partido que el 29 de Abril de 1867 era, con el General Mosquera, el representante opuesto de sus ideas, había planteado con otro hombre á su cabeza, y auxiliado por una fracción disidente del partido liberal serio y doctrinario, este dilema sombrío: el poder ó la guerra. RUEDA, Secretario entonces de lo Interior, es decir, director de los asuntos de Gobierno, comprendió que el problema que se le presentaba era el mismo que en otro tiempo había resuelto con su heroísmo en las faldas paramosas de Chaleche, y lo afrontó.

Cuando el partido revolucionario le reclamaba las fórmulas, que él mismo atropellaba, RUEDA se limitaba á contestar: "La guerra no se procesa, se combate; cuando la situación es de ataque y defensa, lo que importa es obrar con eficacia." Y tal fué la eficacia de sus actos, que la paz se aseguró.

Tocóle á la Administración del Presidente Pérez resolver una de las cuestiones más árduas y peligrosas que la vida republicana ha traído á los gobiernos, á saber: *la fuerza pública debe ser esencialmente obediente?* RUEDA la resolvió por esta otra: *la fuerza pública está esencialmente sometida á la disciplina*. Es evidente que el despotismo no podrá hallar apoyo mejor que la obediencia incondicional de los ejércitos; pero no lo es menos que la legitimidad de los gobiernos no puede quedar á merced de la fuerza material. La discusión libre de las opiniones en los cuarteles del ejército es, por lo menos, la inseguridad del poder público.

La necesidad de asegurar las doctrinas y la influencia del partido gobernante exige imperiosamente que se mantenga la dirección oficial de las Universidades, y así lo pedía la opinión liberal que predominaba en las Cámaras legislativas, en los momentos en que la falange estudiantil

creaba un poder de resistencias alarmantes. RUEDA, sin embargo, obedeciendo á convicciones sinceras y anteriores á la época, contestaba á sus amigos: "La Universidad debe ser sólo un plantel docente, y todo lo que conduzca á hacerle perder este carácter y á convertirlo en instituto disciplinario, debe desecharse como extraño al objeto de su fundación. La Universidad debe ser un cuerpo autonómico en todo lo relativo á su régimen interno y á la organización de las enseñanzas, y debe tener una participación amplia en la elección de sus superiores y catedráticos y en el manejo de sus rentas."

Cuando el partido religioso hacia de sus reclamaciones contra la enseñanza oficial un peligro para la existencia del gobierno, RUEDA contestaba con frialdad y firmeza: "Las escuelas oficiales no son instituidas con el perverso fin de corromper la juventud, de matar el espíritu religioso y enseñar el ateísmo, sino con el muy noble y laudable de instruir, civilizar y *regenerar* la sociedad."

Graves complicaciones internacionales se presentaron al Gobierno, y después de agotadas la razón y la justicia en alegaciones brillantes y sólidas, buscaba el contrapeso de nuestra debilidad en los progresos aceptados del derecho público y, en su calidad de Secretario de Relaciones Exteriores, decía á las naciones extranjeras que nos estrechaban con sus reclamaciones: "El arbitramento es el medio más expedito y conciliatorio y el que más se conforma á las reglas y prácticas universales de la aplicación de la justicia."

Y en efecto, esas complicaciones, ciertamente de suma gravedad, fueron resueltas entonces por este medio civilizador, en el cual funda el país, confiado en la moderación y la justicia, grandes esperanzas de progreso y de paz.

* * *

No es, sin embargo, en el Gobierno, ni en la tribuna, ni en la guerra en donde la figura de RUEDA asume todas sus proporciones. Es en el foro en donde se descubren las grandes cualidades de su espíritu y la elevación de su carácter. La verdadera vida republicana no está en la plaza pública, ni en las Asambleas, sino en ese *forum*, del derecho y de la justicia á cuyo lado y sobre cuyas ruinas puede alzarse bien, como en Roma, el templo de los Césares.

RUEDA fué el orgullo del foro colombiano. Dudamos mucho que

bajo los arcos de Fabio, de Tito ó de Trajano se presentara una figura más severa y más noble. El abogado romano era un "magnífico artífice de palabras," que en la tribuna, dicen los historiadores, se paseaba envuelto hábilmente en los pliegues de su blanca toga y que se lamentaba de que se usasen mantos tan pequeños que empequeñecían la elocuencia; abogados preceptores que, según se refiere también, discutían con seriedad el número de los caballos de Aquiles, ó la piel del león de Nemea, ó los trabajos de Hércules; pero que se sentían embarazados al tratar delante del pretor de las hipotecas ó de la cuarta falciidia. El abogado moderno es, por el contrario, un hombre que posee la ciencia del derecho y sabe que ella es, como dice la ley de Partida, "fuente de justicia, y aprovéchase della el mundo, más que de las otras ciencias." RUEDA, cuya alma era también fuente de justicia, había abrazado aquella ciencia y, juez ó magistrado, la administraba con equidad y con prudencia, y, abogado, hacía preceder el consejo á la aplicación de la ley; aplacaba los resentimientos; daba alivio contra los rigores de la forma; buscaba en su pensamiento la expresión sencilla y clara de los derechos que defendía; de él podía decirse, con razón: "Su casa era templo donde se adoraba la justicia; su estudio, santuario de la paz; su boca, oráculo de la ley; su ciencia, brazo de los oprimidos: á su voz huía la iniquidad, se descubría la mentira, se rompía el velo de la falsedad, se desterraba el vicio y tenía seguro apoyo la virtud." Era el tipo verdadero del abogado del siglo: ilustrado, grave, sincero y heróico, que ni desconfiaba de la justicia, porque ella se discierne y se discute hoy en el amplio escenario de las libertades públicas, ni teme los secretos de la concusión ó del prevaricato, porque sabe que la conciencia pública, revolucionaria y reivindicadora, ha penetrado como el sol, como el aire, en el laboratorio de los antiguos misterios. Apoderado del derecho, esperaba con frialdad estoica á la puerta de los tribunales hasta que su presencia ó su palabra abrian cauce á la justicia. Su exposición era clara, sus narraciones se seguían como se sigue la corriente apacible de un río que fecunda sus riberas; su argumentación sólida y nerviosa hacía el efecto del hacha que abate la selva, y á la hora de decidir sobre su adversario "lo dedicaba con gracia á los dioses infernales."

En la oscilación de los acontecimientos en que fué actor, testigo ó juez, RUEDA conservó una gran firmeza de convicciones, hijas del estudio

y meditación constantes. Si algunas veces se apartó de la escena pública, conservó, lejos de ella, la savia del espíritu, el vigor que es sello de unidad moral y que hace del carácter de un hombre la personificación de una época ó de una generación; y cuando á ella volvía, calmado y convencido, su influencia era una especie de fuerza moderadora que regulaba el impulso de los acontecimientos. Era joven y, sin embargo, parecía uno de los hermanos mayores en la familia liberal. Impulsaba y contenía, pero seguía con fe y entusiasmo la ascensión del liberalismo: tenía la originalidad de las naturalezas superiores nacidas, como se decía de Mr. Guizot: "en la confluencia de una sociedad que acaba y de una sociedad que aparece." Era como la figura severa y puritana del liberalismo colombiano.

No pertenecía á la escuela de aquellos filósofos "que hacen del espíritu una tabla rasa sobre la cual las sensaciones vienen á registrarse sucesivamente por sí solas; en que todo comienza por la sensación, sigue por el deseo y acaba por la sensación." No; era un filósofo cristiano, de convicciones precisas y de una austeridad de pensamiento sincera, enteramente refractaria á la novedad de estos sistemas de todos los días en que se amasa el alma como se amasa el pan, ó la argamasa á estilo de alfareros. Habría soltado de sus manos el Fuero Juzgo, el Espéculo, las Pandectas ó el Código de Justiniano para leer con gusto á Schiller, á Macaulay, á Diderot ó á Gibbon ó á Kant, y antes que conceder una sonrisa á la sátira de Voltaire ó de platicar una hora sobre Rabelais, se hubiera engolfado de nuevo, por días, meses ó años enteros en las leyes de Sisenando ó Chindasvinto. Espíritu exacto, habría, sin duda, alcanzado grande altura en esta democracia móvil, veleidosa é inconsistente, en que lo estable constituye por sí solo una superioridad irresistible.

La tumba de RUEDA, abierta prematuramente, producirá siempre la impresión melancólica que hacen al alma las obras inconclusas del arte ó de la naturaleza.

Decir que RUEDA poseía aquella cualidad eximia del hombre firme y constante, que consiste en reconocer y dar á cada uno su derecho y que se llama probidad, es repetir una palabra que, durante su vida, estuvo invariablemente en los labios de sus compatriotas; pero alguien ha dicho que la probidad es árida sin la honradez, y ésta fué en RUEDA como el fruto exuberante y atractivo de su gran carácter. Un solo rasgo de

su vida bastaría para iluminar el fondo del alma de este hombre distinguido y bosquejar su figura moral.

El señor S. M. se preparaba para morir. Por una de aquellas complicaciones extrañas y por lo mismo inesperadas, que suelen presentarse en las familias, sus grandes bienes de fortuna, destinados por él mismo y por la ley á sus hijos, entonces menores de edad, corrían gran peligro de perderse. Las circunstancias señalaban como único medio de salvación desviar la sucesión hereditaria entregando á un amigo seguro, por medio de un testamento de confianza, aquellos caudales y aquellas haciendas para que, á su tiempo, cuando llegaran los hijos á su mayor edad, se los entregara. ¿Cuál podía ser aquel amigo á quien un padre podía confiar, sin reservas, en el más profundo secreto, sin sanción y sin temores, la suerte de su familia? Quién podía ser ese hombre singular, digno de ser el depositario irresponsable del fruto de una vida laboriosa y fecunda, y de las esperanzas, deberes é ilusiones de un padre que se separa de sus hijos para siempre en las riberas desoladas de la muerte? Ese hombre fué RUEDA. Fué él quien recibió el misterioso encargo, y cuando los herederos, que solo él conocía, llegaron á la edad prevista, fueron llamados á recibir y recibieron, sorprendidos, el depósito confiado á un hombre de bien, que no había tenido otro testigo que su conciencia y que venía á hacerlos más ricos con su ejemplo que con las comodidades que les devolvía. Hé aquí un hecho que si enaltece la vida de RUEDA, no honra menos á la nación en cuyo seno se cultivan tales ideas de equidad y deber.

Las cualidades morales é intelectuales de RUEDA debían tener, y en efecto tuvieron, como sucede á todos los hombres superiores, su centro de natural atracción. En su naturaleza austera y grave predominaba el sentimiento, lo cual equivale á decir que los verdaderos horizontes del alma estuvieron siempre abiertos para él. En ellos vivió y murió. Fué su hogar un nido de amistad y de amor á donde no alcanzó jamás el aliento tempestuoso de la vida pública; era como los valles frescos y floridos donde van á dormirse las aguas que poco antes se agitan en senos rocallosos y profundos.

La educación social, el carácter elevado, la pureza de costumbres,

en una palabra, las afinidades morales, hicieron á RUEDA digno de llevar al altar, á cuyo pié se jura la custodia de ese huerto feliz en que germina la civilización del mundo, y que se llama el hogar, á una de las jóvenes más distinguidas y mimadas de nuestra sociedad. El Doctor JORGE VARGAS le dió su hija en matrimonio. Cultivador insigne de las ciencias, hombre de severas y profundas convicciones, dueño como médico de una de las más merecidas reputaciones, el Doctor VARGAS formó con RUEDA uno de esos asilos sociales apartados y discretos, refugio de la libertad del espíritu, en donde los abusos sociales ó los peligros de la República tienen una permanente oposición espiritual, de la conciencia y del pensamiento, que si no llega jamás á los hechos, conserva la dignidad del presente y la frescura del porvenir. De ellos puede decirse lo que se dijo de los salones franceses en tiempo del Imperio : « insurrectos del pensamiento y de la conciencia que tenían sobre el genio mismo el privilegio de juzgarlo. » En esos grupos de pensadores y de patriotas es en donde, durante las catástrofes políticas, se prepara por las almas modestas é independientes la reivindicación de la libertad, de la moral y de la dignidad públicas. Atacado en 1882 el Senador FRANCISCO E. ALVAREZ por la Cámara de Representantes, que se había puesto al servicio de un régimen de violencia, contestó en un apóstrofe brillante que honrará siempre los fastos de nuestra elocuencia parlamentaria : « Levantad la balanza de la Justicia, jóvenes de la Cámara de Representantes ; porque es preciso comprendais que en el orden moral los votos no se cuentan, sino que se pesan. Colocad en un plato vuestros cuarenta y un votos y ahora yo voy á poner del otro lado un voto, uno solo de los mil que he recibido aprobando mi conducta. Al salir de aquí vi de repente en la calle descubrirse con el más profundo respeto delante de mí una cabeza blanca. Era la venerable cabeza del señor Doctor JORGE VARGAS ' Lo felicito,' me dijo. Cómo, señor Doctor, le respondí : ¿ es cierto que lo que estoy haciendo no es la obra de un malcriado que está humillando la República ? ' Usted, me dijo, está sirviendo leal y heroicamente á esta patria infeliz ; y yo no tengo otro medio de expresarle mi gratitud que con mi felicitación y mi abrazo. »

« Sois, señores Representantes, cuarenta y uno ; multiplicáos por cuarenta y uno ; poned ese producto más en vuestro plato y decid, si os atreveis, si podríais así levantar la balanza del lado de ese voto respectable. »

Hé aquí cómo la conciencia social llega á ser la vengadora implacable y tranquila de las grandes causas.

Quieto, sereno y fecundo es el hogar, laboratorio de las ideas y de las costumbres ; es allí donde la mujer preside el desarrollo de la vida social. RUEDA así lo comprendía ; vió en su esposa una sacerdotisa de las virtudes humanas, y unido á esa vestal del sentimiento, propiciaba con fé en los altares de la benevolencia, de la caridad y del amor immaculado. Cuando reclinó la cabeza en la tumba, su compañera tendió sobre ella las alas de su amor como una ave mística sobre las ruinas de un altar, y el raudal inagotable de sus lágrimas fecunda sin cesar la flor inmortal de sus recuerdos.

Séale permitido al amigo acercarse á colocar algunas flores al lado de esa tumba, á riesgo de turbar tan grandes dolores. Y séale también permitido recordar á la esposa atribulada esta palabra de esperanza : « Habeis oído, señora, el grito de vuestro recién nacido y el gemido del moribundo ; os falta oír el grito del resucitado. »

F. DE P. BORDA.

A la señora D. Biviana Vargas de Rueda.

El dolor, como una red inmensa, estrecha con sus mallas poderosas toda la raza del viejo Adán que puebla la tierra; y de él no se libra nadie, ni el rico por ser rico ni el pobre por ser pobre; nada vale á la hermosa su hermosura, ni al valiente su valor, ni al sabio su sabiduría. Lloro el niño cuando ve la luz primera, y llora el anciano cuando ve la última luz. No digo esto por consuelo, que no lo es; y la suma desgracia que hoy oprime á usted no lo tiene, si no se busca en una suprema región: lo digo sólo porque aunque es un hecho vulgar, de él arrancan la filosofía atea, que niega el origen del mal ó lo coloca en región distinta de la que le señala la filosofía cristiana.

Cuando la desgracia visita la casa de los hombres, halla á éstos de dos maneras diferentes: unos la reciben rabiosos, y levantando el destemplado grito, blasfeman de Dios como causa del mal; mientras los otros, mirándola como una prueba, se resignan y lloran. Usted ha llorado; usted llora y llorará sin término hasta el día en que la misma muerte que le arrebató el esposo, hiriéndola á usted, vuelva á echarla en sus amorosos brazos. ¿Hace usted mal en llorar? Nó: ese llanto, por ardiente, por inextinguible que sea, honra los sentimientos de la mujer cristiana, y proclama y enaltece las virtudes y merecimientos del difunto. ¿Llora usted? pues hace muy bien en llorar, porque no es lo más común en la vida encontrar hombres que sean dignos del llanto de una mujer virtuosa. ¡Ay de aquellos sobre cuya tumba no rueda una lágrima! esos fueron, ó tiranos sanguinarios, verdugos de los pobres pueblos, ó jueces venales que torcieron la vara de la justicia y oprimieron á la viuda y al huérfano, ó infames usureros que engordaron como los vampiros con la sangre del menesteroso. ¡Ay también de aquellos que no pueden

llorar, ó que tienen que ocultar su llanto, porque, en fin, hasta los mismos volcanes se alivian cuando arrojan el fuego infernal que devora sus entrañas! No hay lágrimas más amargas que las que se destilan gota á gota y caen en silencio en el interior abismo del corazón; pues hay una especie de amargo consuelo en publicar á gritos, sin rebozo y sin consideraciones, la causa de nuestra pesadumbre.

Usted, sentada en el hogar cristiano, rodeada del respetable padre, de los hermanos amorosos y de esos niños á quienes ayer no más sonreía todo un Paraíso de venturosas esperanzas, llora; ¿pero no tendrá algún consuelo? La memoria de lo pasado, que es á un tiempo mismo tormento y alegría de la vida, vendrá á representarle las dotes exquisitas de un corazón siempre bondadoso, que no respiraba sino afectos y ternura para los suyos y para los amigos; de un carácter siempre igual y sereno; de un hombre de palabra fiel y de honradez estricta, que hizo del cumplimiento del deber y del culto de la justicia la regla de su vida; de un hombre de talento distinguido, que llevó con honra la toga de la magistratura. ¿No son todos estos recuerdos como un bálsamo celestial derramado sobre el ulcerado corazón? Así, esas lágrimas, no desesperadas, unidas á la oración ferviente elevada al Dios de clemencia, que quiso apellidarse padre para que nos dirigiéramos á él con confianza, derramará en su familia el consuelo que todos necesitan.

La religión de las tumbas, de que se mofan hoy con tan raro cinismo los que se apellidan fuertes contra las creencias universales del mundo, está llena de inexplicables misterios, de armonías maravillosas, de celestiales esperanzas y de divinos consuelos. Por ella el que cerró los ojos á la luz del mundo y cayó á la sepultura, no ha muerto; duerme: bañado con la sangre de Cristo recibió el sello de la inmortalidad: por ella la oración que sube de la tierra, como si fuera un rayo luminoso, llega á refrigerarlo en el lugar de su descanso; y vuelve á descender al corazón amado empapada en suaves consolaciones. ¿Acaso pueden olvidar los muertos á los que amaron en vida? Aquella idea tan común con que se suaviza la pena del ausente: "Ahora estará pensando en mí," ¿dejará de ser menos cierta, si se aplica á los que abandonaron la tierra? El alma libre con la muerte de su envoltura de barro, como la oruga cuando se transforma en una mariposa, ¿verá menos, conocerá menos, amará menos? Créanlo así los que piensan que todo acaba para el hombre en el punto en que doblando la cabeza se agacha, y entra en la casa de su eternidad;

nosotros, señora, vamos caminando con el vulgo de las gentes, pensando que de la tierra al cielo se tiende una cadena de oro que enlaza á los que vivimos con los que fueron. ¿ Pero qué dije yo con el vulgo de las gentes? Sí: si vulgo puede apellidarse á los reyes de la inteligencia y del ingenio: políticos, filósofos, historiadores y poetas; los grandes artistas, los más famosos guerreros, los más intrépidos navegantes; en suma, los bienhechores del linaje humano; si vulgo es la muchedumbre inmensa de lo más culto, de lo más inteligente, de lo más civilizado que en veinte siglos ha pasado atropellada sobre la faz de la tierra, dejando un rastro inmenso de luz, como el que deja el arado que fecundiza la tierra, fecundizando el mundo moral en belleza, en verdad y en bien.

Situación horrorosa entre las horrorosas situaciones de la vida, la de un hombre ó ateo ó materialista, que en suma vale lo mismo, en presencia de un cadáver. ¿ Qué ve allí? Un montón de huesos y de carne; un poco de polvo inanimado, que mañana se disolverá en la podredumbre de la tumba; y nada más: una caña que resonaba ayer con el soplo del viento, caída hoy y silenciosa para siempre. Lo ligaban los lazos del amor ó de la amistad con eso que ha quedado y que se llamaba el hombre: corazones que latieron unísonos en la vida, el uno no se mueve ya: se rompió la cadena que los unía, y todos sus anillos están en manos del sobreviviente. Queda el recuerdo, que por tenaz que se suponga, va debilitándose poco á poco, hasta que al fin se confunde, como se borran los objetos en un horizonte lejano cuando declina la tarde y viene el imperio de las sombras, y al fin se pierde. Y si el que contempla ese cadáver es uno que cree en el mundo superior, su situación, sobre ser la más horrorosa de las situaciones del mundo, tiene el horror de la pérdida de toda esperanza; de la esperanza, que es inmortal en el corazón de los hombres. ¿ Qué pensará? Ese desventurado se ha perdido irremediablemente; esto es, que aunque el Señor volviera á crear de nuevo este universo, y mil universos más, su suerte no podría cambiar. ¿ Pero no quedará algún remedio para aliviar su tormento? ¿ Qué persona religiosa, y cuanto más religiosa se la suponga, se atrevería á alzar una oración por el alma de un ateo ó de un materialista?

¡ Feliz usted, y tres veces feliz, porque puede empapar el recuerdo del amigo perdido con el bálsamo celestial de una fervorosa oración por el descanso eterno de su alma! ¡ Feliz usted que puede llevar á sus ni-

ños á la tumba en que descansa su esposo; y allí, haciéndolos que se arrojen de hinojos ante ella, hacer que acompañen su plegaria!

Todo no se ha perdido, no, cuando desaparece del mundo el objeto de nuestro amor, pues quedan los recuerdos y la esperanza, é intacta, firme, inquebrantable, la cadena que une el mundo de los que lloran con el mundo de los que descansan en la paz del Señor.

Usted que cree, que ama y espera, si es cierto que hoy se halla agobiada bajo el peso de tamaña pérdida, no es con todo la más infeliz, porque puede orar, creyendo y esperando que el Señor habrá recibido á nuestro amado difunto en los brazos abiertos de su misericordia; y puede hablar de él á sus hijos, presentándoselo como un modelo de honradez y de probidad.

Esto quise decir como en tributo á la buena memoria de mi respetado amigo el señor Doctor Don FRANCISCO DE P. RUEDA y como consuelo á usted, su desolada viuda.

Qué bien!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

Bogotá, 1.º de Octubre de 1883.

A N I V E R S A R I O .

Un año ha trascurrido desde que el señor Doctor FRANCISCO DE PAULA RUEDA abandonó este mundo, y con él todos los seres que le eran queridos, cumpliendo así la inexorable ley final de todo lo que nace y vive.

Año de dolor y amarga aflicción para los que tuvieron la fortuna de cerrar el círculo íntimo de su vida, en que siempre hacía centro, ó estrechar la florida cadena de sus relaciones domésticas.

Año de tristeza y duelo para los que vivieron con su misma vida, con la luz de su inteligencia, con el halago de sus palabras, con el suave calor del ala que los cubría.

Si la memoria de los buenos debe perpetuarse, la del señor Doctor RUEDA debe serlo con caractéres indelebles y más duraderos que los que se graban en los mármoles y bronces: debe serlo por medio de la prensa, que con sus cien alas hace viajar las ideas y los recuerdos por todas las regiones del globo, multiplicándolas hasta el infinito. La inscripción puesta en una tumba, — fría, silenciosa é inmóvil como ella misma, — es la fiel imagen de la muerte; pero si los restos que aquélla encierra son de un objeto amado que vive en la memoria, que palpita en los corazones, y cuya benéfica influencia en la sociedad sale fuera del estrecho recinto del Campo Santo, la prensa, instrumento de la inmortalidad en esta vida, la prensa, que, como la luz, refleja y multiplica sus mil rayos en todas direcciones, debe ser el vehículo para renovar hoy y perpetuar en el porvenir la memoria de aquel á quien tanto debió la causa de la Verdad, de la Justicia y de la Probidad, triple tesoro de las sociedades civilizadas.

La tierna esposa cumple hoy esta santa misión. Los hijos pequeñuelos — amantes con todo el amor de que es capaz el corazón de un niño — guardarán este recuerdo, lo conservarán religiosamente; y cuando la edad les haga reflexionar sobre el inmenso valor del bien que perdieron en su inocente infancia, lo estrecharán contra su pecho, y pondrán en este libro sus labios con respeto y amor, porque en él está escrito el nombre de su padre, porque es la expresión última y sublime del cariño de

la esposa adorada y de la madre, y en él se hallan estampadas las efusiones y los sentimientos más ingenuos; porque ese libro es la corona que la amistad tributa al que fué modelo de ella en la sociedad en que vivió.

Para los extraños este libro es un tesoro digno de respeto, porque nada hay en él que no haya salido de lo más hondo del corazón, nada que no sea desinteresado y puro. Todas estas flores, puestas sobre la tumba de un nuevo Aristides, se mantendrán siempre frescas y lozanas, como el laurel de la tumba de Virgilio. Todos estos rayos de luz convergen, como en un foco, sobre la figura del hombre típico, no para iluminarla, sino para que ella ilumine las páginas de la historia que la posteridad le habrá de consagrar algún día.

JOSÉ CAICEDO R.

EL SEÑOR FRANCISCO DE P. RUEDA.

Entre las pérdidas profundamente sensibles que registra nuestra sociedad en el año que termina, debe contarse la de este distinguido caballero, por mil títulos estimable y digno de que su memoria sea honrada con encarecimiento.

No es raro hallar reunidos en un solo individuo muchas buenas cualidades ; pero hallarlas reunidas todas, compendiarse en un solo hombre el conjunto de grandes virtudes domésticas y sociales, es casi un fenómeno. El señor Doctor RUEDA fué, sin duda, uno de esos raros ejemplos, y lo que había que admirar en él no era tanto lo que estaba á la vista de la generalidad, cuanto lo que no se hacía trascendental á los demás.

El público lo conocía y estimaba como uno de los sujetos más conspicuos en su profesión de abogado, y le conocía y apreciaba, no sólo por sus sólidos conocimientos y larga práctica, sino, más que todo, por su eximia rectitud y su carácter altamente honrado y firme. Y no era únicamente una extensa clientela la que daba testimonio de ello: todas las personas que gozaban de su trato íntimo sabían que su amor á la verdad y á la justicia, aun en las circunstancias más comunes de la vida, no transigía jamás, y que á éstas posponía siempre cualquier otro interés ó cualquiera otra mira, por exigentes que fuesen.

Unidas á este dón de integridad y rectitud, que le era característico, una clara inteligencia, conocimientos no comunes en el foro, una educación esmerada, un natural modesto, sentimientos nobles y sinceros, modales suaves, é inalterable benevolencia para con todos, hacían su nombre respetado, y muchas personas, aun de la alta posición social, le consultaban los negocios más arduos y complicados, seguros de hallar en él un consejero prudente, imparcial y desinteresado.

En los importantes puestos públicos que desempeñó, fuera de una

consagración absoluta al cumplimiento de sus deberes, la moderación, la discreción y la imparcialidad fueron su norma invariable.

Entregado á un trabajo asiduo, ya en el manejo de negocios ajenos, ya en el de los suyos propios, consagró siempre su corazón al amor y al cuidado solícito de su digna esposa y de sus hijos, que eran el encanto de su vida, y el objeto de todos sus desvelos. Alejado del tumulto de la sociedad, en lo que ella tiene de inútil y fastidioso, su dicha era el círculo del hogar doméstico, sociedad mucho más apetecible para él, embellecida por el amor, la ternura y las virtudes de una interesante esposa, de cuatro amantes hijos, pequeños todavía, y de las demás personas unidas á él por gratos vínculos.

La desaparición del señor Doctor RUEDA ha sido tanto más sensible cuanto más inesperada: en plena vida y en plena salud lo arrebató un fulminante ataque de que no pudieron salvarlo los más prontos y eficaces cuidados de las personas que le rodeaban.

Reciba su alma el premio de sus virtudes, y los seres que le eran tan queridos la expresión de nuestra más sincera condolencia. La enviamos también á los ausentes, y especialmente á los que eran el objeto y el modelo del más extremado amor fraternal: el Ilustrísimo señor Juan N. Rueda, Obispo auxiliar del de Boyacá, nuestro venerable y excelente amigo y su digna hermana.

Si es un consuelo, aunque débil, para los que quedamos en este valle de destierro saber que nuestros amigos verdaderos hacen suyas nuestras penas, y lloran con nosotros nuestras grandes desgracias, lo debe ser no pequeño para los deudos del señor Doctor RUEDA la persuasión de que muchas son las personas que han compartido con ellas su dolor.

Por nuestra parte, ya que no podemos cerrar la dolorosa herida que han recibido, deseamos que el bálsamo de una resignación cristiana pueda á lo menos suavizarla y, como una santa unción, hacer menos acerba su profunda pena.

Littérature piétonne JOSÉ CAICEDO R.

A Biviana Vargas de Rueda.

Alguien ha dicho, y yo lo creo, que se siente un placer insensato, el cual consiste en exacerbar el sufrimiento del alma y del corazón que padecen.

Acaso sea ese placer el que cause á usted la lectura de esta carta, encaminada á tributar un recuerdo de mi cariño y el homenaje de la admiración mía, consagrados á la memoria de su esposo immaculado.

Elocuentes voces han promulgado ya los elogios que merecía tan generalmente sentido colombiano, y plumas de diamante han dibujado con habilidad y esmero su retrato físico y moral; considerándolo bajo las condiciones de Magistrado, de verdadero Jurisconsulto, valeroso guerrero, hombre de letras y hombre de Estado, distinguido patriota y modelo como casado y fundador de un hogar apacible y risueño. A mí corresponde considerarlo por su natural ingenuidad, por el amor á su estado, por ese *dón* del Espíritu Santo llamado el *dón de consejo*, que poseía, como por un privilegio que el cielo y la naturaleza le habían concedido; en fin, debo recordarlo también, como Intendente general de guerra de los ejércitos de la República, en época no lejana.

Son necesarias algunas digresiones antes de llegar al objeto indicado, porque ellas abonan los fundamentos de la opinión que adquirí, sobre la vida y el modo de ser del buen ciudadano FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

Era yo adolescente todavía, á tiempo en que usted nació. Trajinaba entonces los claustros de San Bartolomé, el Rosario y San Juan de Dios, buscando alguna educación y conocimientos, protegido por su incomparable padre, mi tío carnal Doctor Jorge Vargas. Bajo el caro techo paterno de usted habité, hasta el día en que con pesar dejé el Colegio para surcar el agitado mar de la vida, donde fui recibido por amargas penas y contrariedades.

Como su casa ha sido también mi hogar, he podido seguir los pasos de usted desde la cuna, en fraternal intimidad, participando de su bienandanza como de sus quebrantos. Al abrir usted los ojos á la luz de la creación, dejó de existir su virtuosa y amabilísima madre ; pero se libró de verse rodeada del lóbrego vacío de la orfandad, porque se halló entre los brazos de un amoroso y diligente padre y con un afectuoso hermano á cada lado. No estaba, pues, en capacidad de sentir ese dolor vehemente que nos dejan aquellos que para siempre se ausentan, siéndonos idolatrados.

Así vi yo que pasó la infancia suya, así supe cuán esmerada fué la educación que recibió ; y vi también más tarde, que un día entró á su casa un caballero de porte modesto, serio y de suaves modales. Era el mismo caballero con quien poco tiempo antes me había relacionado mi amigo Don José María Mogollón, diciéndome, luego que él se retiró : “ el amigo que acabo de presentar á usted es actualmente Magistrado del Tribunal, hombre sin tacha, y de una reputación entre toda la sociedad como en el foro, igual á la de aquel célebre ateniense á quien sus compatriotas llamaban el Justo.” Era FRANCISCO DE PAULA RUEDA, en cuya mirada se traslucía la benevolencia, la verdad y la justicia.

Pretendía nada menos que unir de por vida su suerte con la de usted, haciéndose su esposo y fiel compañero. ¿ Qué mujer, por encumbrada y célebre que fuera, podía rehusar su mano y su corazón á hombre de cualidades tantas, dechado del hombre de bien ? Qué padre, por ambicioso de la verdadera dicha de una hija, podía encontrar obrero más cumplido y digno de labrar esa ambicionada dicha ?

Era imposible la vacilación, y señalado el día de las bodas, RUEDA la condujo ante los altares del Dios que bendijo su aplaudido enlace sacramental. Desde aquella mañana de Abril hasta el funesto 24 de Diciembre último, en que aleve y traidora la muerte sorprendió á ustedes, arrebatándose en quince minutos, cuando gazaban del sosiego y de la verdura embalsamada de los campos de Usaquén, disfrutando también de los recíprocos y entusiastas afectos del primer día del matrimonio ; yo no dejé de observar un solo día, predominando la más dulce armonía y las sonrisas del bienestar indefinido, en su hogar semejante á un nido de azucenas y siemprevivas, iluminado por los más vivos colores.

Por esta circunstancia, que también habla en favor de usted como mujer casada, creo que usted había podido dirigirse á RUEDA, momentos antes

de su desgracia, con los mismos acentos que Isabel Rodwois se dirigió á su marido, Juan Gaspar Schiller, padre del celebrado poeta alemán, en el octavo aniversario de su matrimonio. “ Oh ! si yo hubiera encontrado en el valle rosas y miosotis, habría tejido con estas flores, para este año, una corona más bella que la del día de nuestro matrimonio. Me aflijo de ver el frío imperio del Norte. Cada flor se hiela en el seno de la tierra enfriada ; pero lo que no se hiela jamás, es mi corazón amante, que existe en ti, que divide contigo los placeres y los dolores.”

Milton, gran poeta y gran político republicano, escribió las frases que en seguida trascribo á usted, por creer positivamente que, en el molde forjado por tales expresiones, fué vaciado el finado amigo de quien vengo ocupándome. Helas aquí : “ no hay poder en el cielo ni en la tierra que pueda impedirme contemplar con respeto y con ternura *aquellos que llegan á la cima de la dignidad, del carácter, de la inteligencia y de la virtud.*” Ah! si Milton hubiera conocido á RUEDA, indudablemente habría consagrado á él ese respeto y esa ternura.

Veamos qué fundamentos, ó razones, tengo para sostener lo que acabo de afirmar.

El amor de la verdad no fué un sentimiento ordinario en el corazón de RUEDA, fué un sentimiento religioso que elevó y llenó su alma. Por eso llevó á tal extremo su ingenuidad que, hallándose de Juez de Circuito de Chocontá durante la guerra de 1861, en una de las ocasiones que el guerrillero Carranza invadió aquella población, RUEDA se vió comprometido por sus amigos á ocultarse. Hízolo en efecto, entre unas matas de chizgua del solar, más habiéndolo percibido un perro que por allí andaba, se puso á ladrarle, y considerándose descubierto, exclamó : “ Virgen Santísima, favorecedme.” Pero inmediatamente dijo : “ no me arrepiento de haberte invocado, porque si no lo he hecho en ocasiones exentas de peligro, menos debo invocarte hoy ; debo ser hombre, aun cuando esté amenazado de muerte.”

Recordará que era RUEDA Magistrado del Tribunal de Cundinamarca á tiempo en que se casaron ; que con ese motivo llevaba expedientes para estudiarlos en su casa ; que la curiosidad dedicaba á U. en ocasiones á leer esos expedientes, entre los cuales uno llamó su atención, en términos de preguntar á RUEDA, en cierto día : *ganará N. el pleito?* En fin, recordará, asimismo, que él le respondió simplemente : “ el Juez no debe ser casado, y por eso debo renunciar la magistratura cuanto an-

tes"; resolución que llevó á efecto inmediatamente. Los dos incidentes referidos son suficientes para demostrar la discreción y la ingenua probidad de tan elevado carácter. Cuán difícil es actualmente encontrar hombres templados en las fraguas de esa severidad! Cuán distinta sería la condición de nuestra sociedad, si hubiera muchos así!

El más precioso y el más raro de todos los bienes, es el amor del estado que uno ha preferido, ó que el cielo le ha señalado, decía con razón el célebre Canciller de Francia D'Aguesseau. No hay nada que el hombre conozca menos que la felicidad de su condición personal. Feliz si él cree serlo, y frecuentemente desgraciado, porque quiere ser demasiado dichoso, nunca aprecia su estado bajo un verdadero punto de vista.

Tan sencillo como la verdad, tan sabio como la ley, tan desinteresado como la justicia, RUEDA sabía demasiado que no había sido revestido del sagrado carácter del matrimonio, sino para guardar incesante el fuego del amor conyugal, de la más exquisita ternura paternal, y para conservar, en medio de las amarguras y las adversidades con que diariamente tropezamos sobre la tierra, un hogar de continuo bienestar y de delicias á ninguna hora interrumpidas.

A la verdad, Biviana, aquellos que, como yo, observamos de cerca la vida de casados que usted y RUEDA disfrutaron, pudimos persuadirnos de que fueron dos criaturas inimitables.

Parecía que RUEDA se ocultaba como para asegurar los sólidos fundamentos de un edificio durable, pues era tan singular la consagración al deber que su estado le había impuesto. Su virtud paciente, porque debía ser inmortal, imprimía sobre su frente un carácter augusto y esa dulce y profunda tranquilidad que inspira á una alma virtuosa el amor constante á su estado. Es que la naturaleza reserva siempre un grado de verdad sobre todos los esfuerzos del arte; un día, una luz que la imitación más perfecta jamás podrá igualar.

El corazón de RUEDA fué un asilo sagrado que respetaron las pasiones, que las virtudes habitaron, que la paz, compañera inseparable de la justicia, hicieron feliz por su presencia. De ese corazón se desprendieron raudales de dicha y de ventura, que inundaron el suyo por diez años! Mas como no es dado á las criaturas poseer la felicidad indefinidamente sobre nuestro planeta, la muerte trocó en dolor y llanto el placer y la alegría, que ya se prolongaban demasiado para quien, como

usted, supo halagar y acariciar esa alegría y tantos bienes del tranquilo hogar. Tal es la condición de la humanidad !

Convencido RUEDA de que el estado más afortunado para él era aquel en que se encontraba, cifró toda su gloria en permanecer firme en el puesto de padre de familia sin rival, prometiéndose, de los cuatro lozanos niños habidos en su matrimonio, únicos en el mundo que de él descendieron, otros tantos sucesores de su austeridad y de su genio, que debían transmitir su nombre sin mancilla.

Sacerdote de la justicia, honró su ministerio tanto cuanto él fué honrado. Su dignidad le seguía por todas partes, porque la adhesión á su estado no le abandonaba. Siempre el mismo en público como en privado. Unido indisolublemente á su familia, vivió satisfecho de lo que era, y no deseaba sino lo que poseía. Fueron casi una prodigalidad su generosidad y su desprendimiento.

La grandeza del alma de RUEDA le hizo superior á los trabajos, á los peligros y á los enemigos que su profesión le granjeó. Por eso se sintió siempre fuerte para resistir á la amistad y al prestigio cuando contra él se coligaban. El candor de su corazón, la igualdad de su alma, la uniformidad de su vida, fueron cualidades que su modestia no pudo ocultar. Jamás la cólera turbó la serenidad de su fisonomía, ni el orgullo le inspiró arrogancia, ni el abatimiento le hizo aparecer débil.

Enemigo de toda afectación, á nadie hizo sentir su superioridad. Siempre pronto á rendir á la justicia el sacrificio de sus convicciones más queridas, las contradicciones le instruían en vez de irritarle. Una elocuencia suave y verídica parecía que corría de sus labios; la sencillez y la modestia que se descubrían en su exterior, revelaban la pureza de su alma. Así fué como RUEDA mereció la confianza de todos los buenos, y la de todos aquellos á quienes la maldad y la codicia oprimían; porque éstos sabían que en él encontraban un campeón del derecho y un consejero que no se equivocaba. En todas sus acciones lo guiaba la convicción de que en vano se lisonjea el hombre de conocer la verdad y de amar la justicia, si no tiene la firmeza bastante para defenderlas y luchar por su triunfo. No es sólo en la guerra que la firmeza forma los héroes, sino también en el orden de la justicia. En ambos campos RUEDA fué un héroe.

Si es exacto todo lo que llevo expresado, y cuanto han expuesto muchos respetables compatriotas, primero que yo, de palabra y por es-

crítico, desde la tribuna del orador como por la sonora trompeta de la prensa, en alabanza del gran ciudadano que hemos perdido, y á quien no sólo llora la familia sino la patria, ha podido ser extraño que allá, entre la borrasca fratricida de 1877, se exhibiera revestido del elevado carácter de Intendente general de guerra, llevando en las manos la balanza de la equidad y de la ley?

Al través de las cóleras de partido que engendraron aquella sangrienta borrasca descargada sobre toda la República, se percibía la figura de Rueda, sirviendo al Gobierno constitucional. Ni ciñó la espada ni empuñó la lanza que en 1854 le hicieron adalid renombrado. La impasibilidad y la ley fueron en 1877, las armas de que hizo uso escrupuloso para establecer orden y regularidad en todos los negocios que el Gobierno entregó á su guarda y administración. Tal fué la actividad, el acierto y la equidad que lo guiaron en el desempeño de las funciones de Intendente, que facilitó abundantes recursos al Gobierno, vigiló severamente los intereses nacionales y supo inspirar confianza á todos los que debían contribuir para atender á los gastos de la guerra, porque no exigió, ni permitió que los subordinados exigieran, sacrificio que no hubiera sido legalmente impuesto por la autoridad competente.

Celoso protector del derecho ajeno, aun cuando estuvieran de por medio los intereses de sus correligionarios políticos, Rueda defendió las propiedades de varios revolucionarios con su autoridad de Intendente; oponiéndose á los abusos de algunos Jefes militares que, en campaña, se consideran autorizados para embargar y disponer de la propiedad del enemigo. Por conducto del señor Juan Manuel Herrera he sido impuesto de que, en aquella época de guerra, los Jefes del destacamento situado en el "Arenal" se apoderaron de los ganados de una hacienda inmediata, por pertenecer á un enemigo del Gobierno. En seguida llegó á ese lugar el Intendente Rueda, y persuadido de que los citados Jefes no tenían orden de llevar á cabo semejante procedimiento, ordenó severamente que fueran devueltos los ganados á su dueño. Ellos resistieron la intimación del Intendente, pero éste, sostenido por esa serenidad y esa firmeza de ánimo que fueron sus más relevantes dotes, se impuso sólo á la fuerza militar, y se hizo obedecer al punto. Me extendería hasta el cansancio si continuara relatando los servicios que Rueda prestó al Gobierno con la más religiosa consagración, en la posición de Intendente de guerra, así como los que prestó á varios revolucionarios en defensa de sus intereses.

Con sobra de razón los votos y la adhesión de los hombres de bien acompañaron á Rueda durante su vida, y acompañan su memoria después de la muerte ; y la justicia, que siempre triunfó con él, le ha colocado entre los brazos de la paz, en la tranquila mansión destinada á la virtud y al mérito ; Lloren, pues, sus ojos, como hasta aquí han llorado, Biviana, lloren noche y día ! Porque las lágrimas, según la sublime expresión de Lamartine, son el desagüe de la piedad y del dolor por la esponja del corazón.

¡ Cuánto deploro el carecer de suficiencia, para cumplir dignamente el propósito que había concebido de exponerle los sentimientos que Rueda dejó grabados en mi corazón y la admiración que sus virtudes me inspiraron !

Bien quisiera que la presente carta al menos fuera una pálida flor que usted pudiera intercalar entre las vistosas y fragantes flores que forman la corona tejida ya por delicadas manos, dedicada por usted á orlar las sienes de su malogrado é inolvidable esposo FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

Su pariente afectísimo, JERMÁN VARGAS.

Bogotá, Agosto de 1883.

RECUERDO FRATERNAL.

Nada hay estable sino Dios: nada hay completo sino las obras de sus manos; todo en la vida degenera, "todo está sujeto á la mudanza, al desconcierto: lo que ayer era poblado hoy es desierto, triste ley, en verdad, pero fatal:" así cantó en su primera juventud aquel á quien consagro este recuerdo. Por esta ley indeclinable de las mudanzas, hoy duerme en sueño profundo el que ayer no más era hermano generoso, esposo fiel, padre tierno, amigo leal y ciudadano cumplido. Hablo del señor Doctor FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

Este caballero, que hacía la felicidad de su familia, que realizaba día por día la dignidad de su hogar, y que prometía tanto á la sociedad y á la patria, dejó de existir el 24 de Diciembre de 1882.

Juicioso desde niño, no tuvo aquella época de travesuras de la infancia; serio y reflexivo desde entonces, el estudio era el objeto de su atención y de su cariño; modesto desde joven, fué modelo de la juventud de su tiempo; siempre tierno y afectuoso con sus padres, el respeto y veneración á ellos fué para él un deber sagrado que cumplió sin limitación alguna; si de niño se reclinó en los brazos de su madre lleno de infantil entusiasmo, de joven y de adulto llevó su amor y respeto á ésta, á un grado de inimitable perfección; no hubo sacrificio necesario que no hiciera por ella para su conservación.

Como hermano vivió lleno de interés por el bien de todos sus hermanos: ninguno de ellos fué despreciable para él, y si alguno carecía de las condiciones indispensables para iniciarse en la sociedad y adquirir una posición ventajosa, deploraba esto como una desgracia, procurando remediar con sus observaciones y consejos oportunos aquello que la naturaleza había negado: siempre oficioso, lleno de generosidad y de desinterés, sirvió á los suyos en las malas situaciones que nunca faltan en las familias.

Hombre de sinceridad y de buena fé inquebrantables, jamás engañó á nadie, y cumplió fielmente su palabra. Tenía gusto en servir á los que lo ocupaban, en la medida de sus recursos y talentos. Profesaba elevado amor á la justicia, y el noble orgullo de su alma consistía en cumplir estrictamente sus deberes como hijo, hermano, ciudadano y magistrado: ante este sentimiento era intransigente. Jamás negó socorro al necesitado, tuvo placer en consolar á los que sufren, y su corazón estuvo abierto y pronto á satisfacer las exigencias de los desgraciados.

Adornado con tan bellas cualidades, tomó por esposa á la estimable señorita Biviana Vargas: diez años duró esta unión, y en este lapso de tiempo jamás hubo entre ellos un disgusto, una contradicción: vivieron como dos ángeles, vivieron para Dios. La esposa comprendió quién era el esposo á que estaba unida y correspondió con largueza al amor, á las finezas y á la lealtad de su consorte: se penetró del valor físico, moral é intelectual del hombre á quien Dios la había unido, y ha sabido estimar las elevadas prendas de aquel hombre que con razón figuró entre las excepciones que honran á la especie humana y son ornamento de la sociedad. El Doctor Rueda era grave en su porte, de escasas sonrisas aun para con los suyos, usaba de la galantería con parsimonia; pero en cambio era oportuno, franco, constante, altamente cumplido y servicial.

Al perder la señora Vargas este esposo, ha visto abierto á sus pies un abismo insondable de infortunio que la ha llenado de amargura y de dolor: instante por instante su alma se estremece al furor del huracán que la combate, y su cuerpo ha perdido en poco tiempo la mitad de su robustez, por las abundantes lágrimas que diariamente derrama: su semblante palidece de una manera notable por las impresiones y recuerdos que sin cesar lastiman su delicado corazón: quien la conociera ahora diez años, y durante este tiempo, tiene que concluir que el desastre ocurrido, terrible en su esencia por la pérdida, y aun más por lo irreparable, puede conducirla á una destrucción completa ó á una locura irremediable, si Dios, llevado de su bondad, no mitiga su pesar, como la ha armado de cristiana resignación.

Si las gentes vieran su constante padecer, si contemplaran su tristeza y sus lágrimas como nosotros las hemos contemplado, lejos, bien lejos de pensar que pueda llegar para ella la calma y la paz, lejos de pensar que pueda el placer llevar la sonrisa á sus labios y la alegría á sus ojos, quedarían persuadidos de que su alma atribulada no puede hallar contento

con las cosas de la tierra, por más que la grandeza de su alma pretenda ostentar ante el mundo una calma que su alma no tiene, en medio de la tempestad que la domina.

Y esta aserción no es una exageración de nuestra parte, no es tampoco una lisonja: en las actuales circunstancias, sólo nos mueve el sentimiento de la verdad y de la justicia: nada tenemos que esperar de FRANCISCO, muerto ya, y no podemos aspirar sino á la estimación de la noble viuda y de sus hijos huérfanos, y ésta, tenemos seguridad de poseerla.

Pero debemos dejar consignados nuestros sentimientos y nuestras convicciones respecto de las virtudes del finado y de las elevadas prendas de su desolada esposa: esto no es capaz de endulzar sus amarguras ni calmar su dolor; pero es un consuelo saber que el muerto vive en la memoria de los vivos y que se reconoce el mérito de la que le ofrendó su corazón.

Bogotá, 27 de Octubre de 1883.

JUAN NEPOMUCENO,
Obispo de Sebastópolis.

EL SEÑOR DOCTOR FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

El telégrafo acaba de transmitir la noticia de la muerte inesperada y repentina del Señor Doctor FRANCISCO DE PAULA RUEDA!

La noticia parece increíble ; pero no hay cómo dudar de ella, pues se repite con circunstancias que la confirman : el Doctor RUEDA ha muerto !

Natural y todo como la muerte es, no por eso pierde ella aquel misterioso horror con que estremece nuestro corazón y arranca de nuestros ojos fuente de vivas lágrimas, cuando, como en el presente caso, su descarnada mano arrebatada de entre nosotros á una persona por tantos títulos querida, tan justamente amada, tan singularmente digna del respeto y la estimación general, y que, hallándose en toda la plenitud de sus fuerzas y facultades, y siendo, á un mismo tiempo, agente y objeto de una rara felicidad, parecía destinada á seguir por largos años en la tierra como robusto tronco de una familia venturosísima, como centro fijo de bien cultivadas amistades, como firme sustentáculo de la República, como invencible adalid de la Justicia y como tipo completo y acabado de lo que ha de ser un honrado caballero.

Ayer no más veíamos nosotros, con la más sincera alegría de nuestra alma, la incomparable felicidad de su hogar ; y hoy, parece fatídico sueño ! hoy todo allí se ha tornado en desventura ; cuanto mayor y más completa era la dicha de ayer, más cruel y desgarrador es el estrago de hoy.

Parece como que el Poder que impera en las tenebrosas regiones de la tumba, hubiese resuelto que no convenía que en este valle de miserias y de lágrimas existiese un hogar tan completamente feliz como aquél ; y que, en su afán por cubrirlo de consternación y de duelo, hubiese querido evitar toda lucha, asegurar su triunfo de un solo golpe y, como ladrón, arrebatarse al descuido y en un instante solo su valiosísima presa.

No se ha visto allí por dónde haya venido la muerte: surgió de entre

la tierra ; no vaciló en la elección de la víctima ; conocía de antemano su alta valía ; la rindió instantáneamente ; y como si temiese desistir de su fatídico intento, en vista de la ansiedad de la esposa, del padre y de los hijos, ó al influjo de la ciencia, ó en presencia del sacerdote, á nada dió lugar : en vano el experimentado médico fijó acertadamente su diagnóstico, pues el ataque se hizo sentir con la rapidez de un rayo y era imposible contener su estrago, tan vivo como el de la electricidad ; en un momento, víctima y victimario habían ya salvado los umbrales de la tumba, y el Doctor RUEDA no había dejado de sí, entre los brazos de su tierna é interesante esposa, sino despojos inertes, sin animación y sin vida !

A lo menos se le ahorraron los padecimientos de una lenta agonía : como fué sencilla su vida, fué fácil su muerte ; y puesto que era un deber morir, cumplió con él, como cumplía siempre con todos sus deberes, rectamente, sin cobardes vacilaciones y sin dudas !

Oh desoladísima esposa ! en vano será ya que te esfuerces en llamarlo con el más íntimo y tierno gemido, y en devolverle con tu aliento y con tus lágrimas una vida que huyó para siempre de la tierra : sus oídos se han cerrado á todo acento humano, y la luz purísima de sus ojos se apagó para no volver á brillar sino en la resurrección universal.

Mas, tus gemidos penetran hasta más allá de la tumba, y el eco con que allí ellos resuenan, es para él una honra que más le engrandece.

Tus lágrimas son riego fecundo que ablandará la tierra donde yacen sus despojos, de la cual, Dios mediante, al fin de los tiempos de nuevo se levantará erguido y robusto el árbol que en la vida sazonó frutos de virtud : haces bien en verterlas !

Tu doliente voz, que en sí lleva todas las notas de fúnebre ternura, es la más genuina expresión del sentimiento con que, en torno de tu difunto esposo, á un tiempo gimen:

La República, por uno de sus más preclaros ciudadanos ;

El Foro, por su más decidido campeón ;

La Amistad, por su más fiel cultivador ;

La Beneficencia, por quien tantos homenajes le tributó en secreto ; y

El Hogar, por quien constituía en él el centro incomparable de cualidades y prendas !

Y en cuanto á nosotros, permítasenos que, como débil tributo de amistad, esculpamos las siguientes líneas :

En la tumba del señor doctor Francisco de P. Rueda.

(IMITACIÓN DE HORACIO).

(Oda XXIV. Quis desiderio &)

I

Tronchada su cabeza
Tan cara, ¿ puede el alma tierno llanto
No verter?...Endereza,
Melpómene, mi canto
Con tu laúd de fúnebre quebranto.

II

Si sueño eterno oprime
Sus ojos, la Honradez, la Fé, el Decoro,
La Justicia sublime
Que preside en el Foro,
Y la Verdad, por él, alzan su lloro !

III

Horrible, íntimo duelo,
Para ti, sobre todo, fiel esposa,
Que en vano das al cielo
Tus quejas, y á la fosa
En balde vas do exánime reposa.

IV

Tus fúnebres cantares,
Como el gemir patético de Orfeo,
Pueden mover los Lares;
Mas, de verle el deseo
Sólo será tu estéril devaneo !

V

Por más, ay ! que le nombra
A gritos de dolor tu pecho abierto,
Aquí su vana sombra
De la vida al concierto
Volver no puede ya.....pues está muerto !

VI

Mas, puede la esperanza
De una vida mejor calmar tu anhelo:
Tras la tumba hay bonanza
Para quien sabe el vuelo
Hacia Dios levantar que está en el cielo !

J. CASAS ROJAS.

Chiquinquirá, Diciembre 27 de 1882.

FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

El domingo por la noche fué muy dolorosamente sorprendida la sociedad superior de esta capital con la noticia de que el Doctor FRANCISCO DE P. RUEDA había fallecido repentinamente en su residencia rural, situada cerca del pueblo de Usaquén. Sus numerosos estimadores y amigos, conturbados hondamente, nos resistíamos á creer tan triste anuncio, con tanto mayor razón, cuanto que el día precedente lo habíamos visto entre el inmenso concurso que conducía á la última morada el cadáver del ciudadano Presidente de la República. A las nueve de la misma noche fué traído su inerte cuerpo á la ciudad, conservando todavía el rostro alguna traza de los colores de la vida. Contemplándolo en el ataúd, parecía imposible que una persona joven aún, tan metódica en sus costumbres, tan frugal en sus satisfacciones, tan atemperada en todos los actos de la existencia, hubiese pasado ya por el trance de la muerte. A medio día fué atacado de la terrible enfermedad llamada angina de pecho, de ordinario sintomática de una lesión mortal en los órganos centrales de la circulación sanguínea, y una hora después exhaló el postrer suspiro en los brazos de su respetable suegro, el señor Doctor Jorge Vargas.

¡ Qué hombre de tan distinguido mérito ! Le conocimos en las aulas del Colegio del Rosario, y así por ésta como por otras circunstancias pudimos apreciar desde entonces las bellas cualidades de su inteligencia y de su corazón. Juicio claro, sereno, observador, analítico, esencialmente filosófico, fué uno de los más aprovechados y de los más lucidos estudiantes del período en que fué Rector del Colegio el Doctor Juan Nepomuceno Núñez Conto. Una conciencia viva, exaltada, relevante, era el fondo de su escogida naturaleza. Sus catedráticos y sus discípulos veían en él un tipo acabado de la vocación jurídica. El sentimiento de la justicia sobresalía en medio de sus facultades mentales. En todas sus acciones brillaban la rectitud, la dignidad y la delicadeza de su espíritu. Era al mismo tiempo un hombre lleno de piedad y de prudencia, asociando á estas virtudes el valor ante los lances peligrosos y la resignación ante las desgracias inevitables. Tal vez no había en su alma una sola de esas flaquezas que son el cebo de la burla. Era una razón disectora, desmenuzadora, escudriñadora, eminentemente práctica. De su pecho no salía jamás una confidencia en él vertida, y sus labios no aventuraban una expresión que pudiese adolecer de arrebató, de inexactitud, de engaño ó de injusticia. En los claustros se señalaba por el aire de una rigurosa re-

flexión, tan profunda como impasible, tan modesta como equitativa, tan denodada como tolerante.

El Doctor RUEDA hizo excelentes estudios de humanidades, filosofía y jurisprudencia. Además de ser un cultivador asiduo del idioma, cuya ciencia conocía con perfección, estaba grandemente dotado del sentimiento de la belleza literaria. En el extremo de su pasión banderiza, un Diputado de la Cámara de Representantes alzó la voz, el año de 1876, para hablar de un modo despreciativo acerca de la idoneidad de este inteligente ciudadano para el desempeño de la Secretaría de lo Interior y Relaciones Exteriores, que entonces había puesto á su cargo, con mucho acierto, el ilustrado Presidente Pérez. Ese Diputado no sabía lo que estaba diciendo, porque el señor RUEDA era uno de los abogados más instruidos, más perspicaces, más rectos y más dignos que habían salido de los Colegios de la capital en la década de 1850 á 1860. Estas condiciones se hallaban en él realizadas por un valor de la mejor ley. Era muy joven en 1854, y admiró en ese tiempo á los más heroicos Jefes del ejército constitucional, peleando contra la Dictadura del General Melo.

Ejerció importantes empleos con muy notable aptitud y con acendrada integridad. Los principales fueron la Secretaría de Gobierno del Estado del Tolima, una Magistratura en el Tribunal superior del Estado de Cundinamarca y la Secretaría de lo Interior y Relaciones Exteriores. Tan consecuente y tan firme como era en sus principios políticos, así lo era también en las relaciones de amistad. Entre la feliz armonía de sus virtudes, se contaba un sólido espíritu público, virtud heredada de sus antepasados, entre quienes se numeraba uno de los fundadores de la ciudad de Zapatoca, Don Cristóbal de Rueda Sarmiento, y el sujeto que más contribuyó, á fines del siglo pasado, al fomento de aquella población, Don Juan de la Cruz de Rueda y Gómez, quien abrió á sus expensas el primer camino para comunicar la Provincia del Socorro con el río Magdalena. Ha muerto al entrar en la época de la madurez moral. La República pierde en él una grata y segura esperanza, y su familia, en la cual se cuenta el ilustrísimo Obispo de Sebastópolis, Doctor Juan Nepomuceno Rueda, ha sido horriblemente desolada por tan funesta desgracia. Presentamos á su virtuosa y amable esposa, á sus hermanos consanguíneos y políticos y á su venerable suegro, nuestro muy sentido pésame.

FLORENTINO VEZGA.

EL DOCTOR D. FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

Escribimos el nombre que encabeza estas líneas con el sentimiento que despierta la fosa donde se ocultan los despojos del amigo que fué, y con ellas pagamos el tributo debido á la amistad y al mérito.

La muerte repentina del Doctor RUEDA, acaecida en la hacienda que fué de su señor padre político, el Doctor Jorge Vargas, causó profunda impresión en toda la sociedad de la capital, y las manifestaciones de condolencia de que ha sido objeto su interesante familia, de parte de las personas de todas las clases sociales, prueban que era estimado en lo que él valía por su rigidez de costumbres, su clara inteligencia y su honradez sin tacha.

En la vida privada y en la vida pública supo dejar un recuerdo benevolente que le ha seguido después de la ausencia de la tierra. Ese es privilegio reservado á los que se hacen amar y no se dejan temer; la tumba no es para ellos el olvido, y al rededor de la losa que separa la vida del presente de la vida del porvenir, ese recuerdo se condensa en lágrimas que arranca el cariño ó en elogios que tributa la justicia. Se aduerme dulcemente en los brazos de la muerte aquel que no está atormentado por los remordimientos de las malas acciones, aquel que llenó su deber; más tarde los hijos se enorgullecen de un nombre sin mancha, de una vida sin sombras.

Dejemos en el dolor, sin consuelo terrestre, á la viuda y á los huérfanos, quienes saben cuánto los estimamos; y traigamos á la memoria algo de la vida del Doctor RUEDA, siquiera sea para que aquellos que lean estas líneas puedan apreciarle, si no tuvieron la fortuna de tenderle la mano y gozar de su amistad franca y caballerosa.

El Doctor RUEDA nació en Tasco (Estado de Boyacá) el 29 de Junio de 1832, y ha muerto el día 24 de Diciembre de 1882. Fueron sus padres el señor D. Francisco Tomás Rueda Lineros y la señora Doña Francisca Nieto Gómez. Hizo sus estudios en el Colegio del Rosario, donde obtuvo el título de Doctor en Jurisprudencia en 1857. Fué Magistrado de los Tribunales de Cundinamarca y Tolima, y Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores durante la Administración del señor Don Santiago Pérez.

Su hermano, el Doctor Juan Nepomuceno, hoy Obispo de Sebastópolis, y auxiliar del Doctor Severo García, primer Obispo de Tunja, cuidó

esmeradamente de su educación y le prestó siempre las cariñosas atenciones de un padre.

Era el Doctor RUEDA entendido jurisconsulto, y en el desempeño del cargo de Juez se mostró digno siempre de vestir la toga. La justicia en sus manos fué la balanza donde la ley, el derecho y la justicia inclinaban el platillo. Como hombre político se mostró severo en sus actos y no dejó odiosidades á su paso por la magistratura.

No hacía gala de su valor personal y lo tenía en grado eminente. Un hecho notable de su vida lo comprueba así: triunfaba la revolución que en 1854 encabezó el General José María Melo, y después del desgraciado combate de Tíquisa, los jóvenes que se habían reunido para defender la Constitución se vieron obligados á huir por los páramos, perseguidos de cerca por los tenientes victoriosos del dictador. Uno de éstos era terror de amigos y adversarios por su carácter sanguinario, su fama de valeroso y su poderosa lanza, y este jefe fué el perseguidor de un pequeño grupo que huyó por el boquerón de Chaleche. Sorprendidos los que lo componían por el enemigo, trataron de retirarse, pero cargados violentamente, quedó el Doctor RUEDA expuesto á ser sacrificado. Llevaba dos lanzas y al verse acorralado, arrojó lejos de sí una de ellas y haciendo frente al Jefe adversario, le dió terrible lanzada con envidiable sangre fría, después de escapar la del enemigo, que tocó ligeramente sus vestidos. Este, al caer mortalmente herido, tuvo para su vencedor palabras de admiración por su valor y le recomendó que entregara á su familia algún objeto valioso que consigo llevaba. El nombre de este Jefe lo recuerdan sus contemporáneos.

Afiliado el Doctor RUEDA al partido liberal, le sirvió con desinterés en los días de fatiga y se retiró modestamente á su hogar en los días de descanso. Abogado notable, orador fácil, escritor pulcro, su desaparición del foro es una verdadera desgracia para los muchos que tenían en él la confianza que inspira la probidad no desmentida.

.....

ALBERTO URDANETA.

EL DOCTOR FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

En la tarde del 24 de Diciembre de 1882, una noticia tan triste como inesperada circuló en esta ciudad con la velocidad con que siempre se extienden las nuevas de un acontecimiento desgraciado. El Doctor FRANCISCO DE P. RUEDA, joven todavía, miembro de un hogar por muchos títulos respetado y querido en nuestra sociedad, había muerto repentinamente en su hacienda de Usaquén, sin que los recursos de la ciencia, ni los lazos del afecto, hubieran podido detener esa alma que había volado á las regiones de la eternidad. El luto de su hogar lo fué de numerosos amigos, y las lágrimas de la orfandad se mezclaron á las de todos los que lo habían conocido en los cortos años de una vida consagrada al amor y al trabajo.

Poseía el Doctor RUEDA un raro conjunto de cualidades que pocas veces se ven reunidas en una misma persona; severo y recto administrador de justicia, habría, como Don Felix Restrepo, sacrificado su fortuna, si alguna vez la sombra de la duda hubiera pasado sobre su conciencia en el ejercicio de la magistratura; bajo exterior afable, escondía una alma enérgica que jamás se inclinó ante el peligro ni transigió con la debilidad; afectuoso en el seno del hogar, recto en el cumplimiento del deber, jamás vaciló en ofrecer á la Patria el contingente de su valor y de su inteligencia.

Tal fué el Doctor RUEDA, y tales las dotes que le son reconocidas hasta por sus mismos adversarios, si alguna vez los tuvo; pero había en él una faz nueva conocida únicamente por sus amigos íntimos, y es con el temor de la indiscreción que hoy vamos á hablar de ella: el Doctor RUEDA fué poeta.

Ser poeta no es escribir renglones cortos, ni fingir pasiones inverosímiles, ni andar á caza de consonantes para forjar una estrofa, como diseña plantas el botánico para completar su colección. Para serlo, el alma necesita la luz de la idea, y el corazón el fuego del sentimiento; y el Doctor RUEDA los poseía sin abrigar la ambición de que sus versos fueran conocidos por el público.

Hay entre ellos dos composiciones que son el reflejo de su organización, en la que siempre hallaba eco la voz de la amistad y la ternura paternal: la una á la muerte de un amigo de la infancia; la otra sobre

la cuna de su hija. En la primera, la pluma está mojada en lágrimas, en la otra se ve desbordar el cariño del padre, y en ambas se refleja la inspiración del poeta.

Al llorar la muerte del amigo recuerda en fáciles y delicados versos el último abrazo que se dieron en las risueñas márgenes del Cisga; sus presentimientos de dolor y las tristes palabras de un adiós que había de ser eterno; después lamenta la soledad de su tumba en las playas del mar de Colón, donde

“ Ni ojos habrá ni corazones tiernos
Que la humedezcan con sinceras lágrimas;
Ni manos que de rosa y siemprevivas
La adornen con festones y guirnaldas;
Ni habrá piadosos labios que besando
La cruz bendita de la losa helada,
Modulen sentidísimas endechas
O murmuren tristísimas plegarias !.....”

Cuando se separaron no imaginaban que fuera para siempre, y que la muerte habría de interponerse entre los dos:

“ Mas quién jamás del libro del destino
Descifrará las ilegibles páginas?
¿ Quién los secretos sondeará que rigen
Del sér las transiciones á la nada?
Allá también el postrimer aliento
Lejos de hogar y en desventura amarga,
Rindió el sublime Caro, y aun Bolívar
El héroe de las ínclitas hazañas.”

No son menos sentidos los escritos sobre la cuna de su hija. Ella dormía el blando sueño de la inocencia, ignorante de que pronto iba á quedar huérfana y velada por el amor de su padre :

“ Duerme, duerme ! yo te ofrezco
Que de tu sueño al tornar,
En tus labios dulcemente
Sentirás el beso ardiente
Del cariño paternal.

.....

Ya duermes ! y la inocencia
Te custodia, ¡ duerme en paz !.....
¿ Ya despiertas ? ¡ Cara prenda
De santo amor ! ven la ofrenda
Del amor á disfrutar !.....”

Estas son armoniosas notas de los acordes de esa lira templada por los más puros de los afectos.

Hay entre nosotros una preocupación tan absurda como inveterada: es la que existe contra esos pobres soñadores que robando cortos momentos á los quehaceres de la vida, los emplean en escribir versos. El comerciante no comprende que liquide bien una factura quien puede hacer décimas; el enfermo se siente intranquilo con un médico poeta, y la clientela del abogado disminuye cuando el público sabe que además de adorar á Temis, deja caer una que otra flor ante el altar de Caliope.

No es extraño, pues, que los que, como el Doctor RUEDA, consagran su vida á una profesión que necesita de la ayuda del público, oculten cuidadosos sus composiciones poéticas, eco de sentimientos cuya expresión no será nunca incompatible ni con la actividad del trabajo serio, ni con la rigidez de los principios de la ciencia. Recórrase con el pensamiento la lista de los hombres eminentes de nuestro país en las ciencias, el profesorado y la política, y se verá que casi todos ellos han cultivado con mayor ó menor publicidad el campo de las musas. Y no podía ser de otra manera; hijos de la raza latina, los americanos han heredado con sus pasiones la ternura de la sensibilidad y el fuego de la imaginación, y con frecuencia vemos agitarse bajo la aparente indiferencia del hombre de estudio el corazón palpitante del poeta ! El Doctor RUEDA fué de ello un ejemplo.

CARLOS SÁENZ E.

CONDOLENCIA.

A la inteligencia.....á la prudencia.....á la dulzura.....á la lealtad.....á la filantropía.....á la verdadera caridad.....al cariñoso é incansable benefactor.....al amigo del desgraciado.....al verdadero hombre honrado, justo y cabal.....á la verdadera nobleza.....al verdadero caballero.....en una palabra :

AL SEÑOR DOCTOR FRANCISCO DE P. RUEDA,

Muerto en Usaquén el día 24 de Diciembre de 1882, le pone aquí estas lágrimas su agradecido, inconsolable y desgraciado amigo

JUAN DE DIOS LINARES.

AL SEÑOR DOCTOR FRANCISCO DE P. RUEDA.

Si una mirada á lo alto dirigimos,
A esas regiones que ilumina el sol,
Mundos y espacios infinitos vemos
De inmensurable, eterno resplandor.

Y agóbiase nuestra alma contemplando
Esos abismos, cuyo fin se pierde
Aun más allá de la región lejana
Que la razón imaginar no puede.

Y más allá,.....lo ignoto, aun más espacios
Sin término ó confín imaginable,
Un solo día, la misma luz radiosa
Que nunca, nunca alcanzará á eclipsarse.

Un solo día, no más, no se ha contado
Ni contaráse nunca otro día nuevo,
Que un sol perenne, inagotable alumbra
Su infinita creación, el Sér Supremo.

Para tanta grandeza no habrá noche,
Ni oscuridad posible, allá está Dios,
Cuya mirada colma los espacios
De infinita y eterna irradiación.

Grandeza y majestad santa y sublime
De perdurable vida y esplendor,
Ante la cual el alma se anonada,
Y ciega, y muda tiembla la razón.

Y ese infinito, espléndido y radioso
Es para el hombre : allá su porvenir
Encontrará después de las tinieblas
De esta existencia mísera y rüin.

Allá estás hoy, y para siempre, amigo,
En posesión tu espíritu inmortal
De esa mansión que origen nunca tuvo
Ni término, ni fin alcanzará.

Un cadáver nos dejas, que en el mundo
Tu poderoso espíritu animó ;
Él será polvo, pero el polvo limpio
Que la urna fué de tu intachable honor.

Huellas de luz dejó tu inteligencia,
De alta severidad tu juicio recto,
Ejemplos de civismo, honra á tu patria,
Eso dejaste como justo y bueno.

Hoy ya tu oído no herirá el rumor
Del envidioso maldiciente labio,
Ni sentirás bajo tu pie la baba
De hambriento boa ni mísero gusano.

¡ No ! que á la altura á que llegaste, apenas
Alcanzará de la oración el eco,
La voz doliente de tu dulce esposa,
De tus amigos el adiós postrero.

Eres ya vida eterna y fulgurante
En el espacio inmenso difundida,
Imagen de tu Dios, que á imagen suya
Forjó ese soplo de su esencia misma.

Yo en tanto, amigo, tu memoria grata
Dentro de mi alma guardaré y tu nombre,
Mientras mi humilde frente en el sepulcro
Y mi enlutado corazón se esconden.

¡ Triste consuelo !...pero en fin, consuelo
De alma apenada, que penando existe,
Que encuentra oscura hasta la luz del sol
Ante esa tumba que á tus pies vió abrirse.

Bogotá, Diciembre 25 de 1882.

S. MALDONADO.

FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

Funesto en notable grado ha sido para la Patria, en lo que constituye sus intereses más caros, el año que acaba de terminar. En el transcurso de él hemos visto desaparecer del escenario de la vida, para abismarse en la noche del pavoroso misterio, á muchos hombres que por diversos títulos eran su orgullo y su gloria; y entre las víctimas de este luctuoso estrago se encuentra el ciudadano eminente cuyo nombre encabeza estas líneas. Sorprendióle la muerte, implacable y aleve, en momento inesperado, el 24 de Diciembre último, en una posesión de su propiedad situada á no lejana distancia de esta ciudad.

No fué el Doctor RUEDA, por su papel en la política, uno de esos hombres cuya fama extralimita las fronteras patrias y va á dilatarse en lejanos países; pues fueron muy pocos, — aunque importantes y servidos con integridad y acierto, — los puestos públicos que ocupó, y su natural modestia y cierta repugnancia por las insanas luchas de los partidos, le mantenían frecuentemente alejado de la política; bien que había nacido con las dotes suficientes para ser un hombre notable en cualquier ramo de estudios á que se dedicase; y lo fué, en efecto, en el foro, profesión á que se consagró, especialmente en sus postreros días. Debido á esto, el público ilustrado tuvo ocasión de admirar sus importantes trabajos en el conocido pleito de “La peseta de papel” como apoderado del presbítero Olaya López. No obstante pertenecer éste á la casta sacerdotal — repulsiva para el verdadero liberalismo, al que el Doctor RUEDA pertenecía por convicción profunda — se hizo cargo, sin obstáculo de su parte, de su defensa, como la parte defendida por él representase, como representa evidentemente, la causa de la justicia. Así, el Doctor RUEDA se exhibió en este asunto, lo mismo que en otros muchos, como un jurista eminente, como un brillante campeón de la justicia en las lides de la abogacía.

Corazón nobilísimo, espíritu delicado, exento de odio y en el cual se manifestaba la benevolencia en su desarrollo más elevado, amabilidad adorable que le granjeaba profundas simpatías en el alma de todos cuantos tenían la fortuna de tratarle, carácter ingenuo y elevado, honradez acendrada, valor incontrastable en todas ocasiones, que llegaba hasta el heroísmo en los momentos solemnes, sólida ilustración y privilegiada inteligencia, tales eran las cualidades sobresalientes del Doctor RUEDA;

cualidades que hacían de él, en vida, una de las naturalezas más ricamente dotadas, y ahora que ella se ha extinguido para siempre, uno de esos tipos inolvidables que la Patria conservará agradecida en el calendario de sus hijos beneméritos.

Si la muerte de los hombres dotados de tan bellas cualidades es, en las épocas ordinarias, un doloroso suceso, qué no le será en estos momentos de angustiosa crisis para la causa liberal, de empequeñecimiento de los caracteres y de lastimoso eclipse de los generosos sentimientos, en los que la ejemplar firmeza de su carácter se destaca como poderoso estímulo, por la alteza de los merecimientos que ella da, que mantiene vivo el fervor por la causa abrazada, por infortunada que sea, y algo así como una afrenda para los que, insensatos, la abandonan por una merced humillante !.....

Ha muerto el Doctor RUEDA demasiado prematuramente, pues apenas entraba al período de la madurez, y su corazón alimentaba, sin duda, esperanzas muy más hermosas, muy más lisonjeras que las ya realizadas para prestigio suyo y gloria de la Patria. Su muerte ha sido, pues, un motivo de justísimo duelo para la sociedad, que tenía mucho que esperar aún de su probidad y su talento; y la honda impresión que produjo la nueva infausta de su muerte, es elocuente testimonio de que ella ha sabido medir la magnitud de su pérdida.

Murió el Doctor RUEDA con la conciencia pura, porque practicó el bien y procedió rectamente; y pudo, por tanto, reclinarsse en la almohada sepulcral para dormir el sueño de la noche sin alba, con la seguridad de que su despedida eterna sería seguida de sinceras lágrimas, y con la esperanza de la inmortalidad de la gratitud para su nombre en el corazón de sus conciudadanos.

La vida del hombre cuya desaparición lamentamos es una de las muy raras que logran rendir la jornada, después de haber atravesado el torbellino del mundo, sin que algún remordimiento torture su conciencia, sin que alguna sombra oscurezca su gloria.

Como el sol, que después de ocultarse en el ocaso deja en pos de sí luminosos arreboles que fulguran en el horizonte, — vuestra vida también, hombre ilustre, aún después de sumergirse en la tumba, ha dejado, para fulgurar en los horizontes del porvenir, un crepúsculo eterno !

Bogotá, 5 de Enero de 1883.

AMBROSIO ROBAYO L.

Galindo
Bella carta

BOGOTÁ, 27 de Noviembre de 1883.

Señor Don Francisco de P. Borda.

Presente.

Mi estimado amigo :

Doy á usted las gracias por la distinción que me ha hecho invitándome á escribir una página en el libro destinado á honrar la memoria del Doctor FRANCISCO DE P. RUEDA.

En medio del ensordecimiento, de la indiferencia producida por el afán de los intereses personales de la época en que vivimos, es muy meritorio de parte de usted, y hace mucho honor á sus sentimientos, el empeño que usted toma en ilustrar la memoria de un hombre que, como el señor RUEDA, brilló por el carácter.

El mundo moral tiene tres centros de gravedad: el cielo, la conciencia y la tierra.

Hay un pequeño, pequeñísimo número de almas, verdaderamente religiosas, que viviendo sólo la vida del espíritu, asidas exclusivamente al rayo de luz que las ata al cielo, desligadas de todas las escorias de la tierra, y habiendo llegado por la contemplación á formarse una idea perfecta de la Divinidad, á familiarizarse con la existencia de un Dios personal á quien conocen y aman, se abstienen de todo mal, como amantes apasionados, sólo por no ofender á este Dios de sus amores para quien viven, á quien todo lo refieren y en quien sólo adoran la bondad.

Hay otras, menos raras, pero no muy numerosas, que, independientemente de toda idea religiosa, han llegado á formarse una idea tan alta de la personalidad humana, se han imbuido tanto en el orgullo de su origen divino, en la excelsitud de su destino; tan persuadidas están de que han sido hechas á imagen y semejanza de Dios, que practican el bien y la virtud, independientemente de toda consideración terrenal, sólo por estar contentas de sí mismas.

Vienen en seguida los rebaños de almas que se abstienen del mal por temor al presidio ó al infierno: son la edición á la rústica de la humanidad. Su centro de gravedad es tan frágil, que, especulativamente, casi puede considerarse nulo para la virtud.

Es un singular privilegio alcanzar el tipo de Santa Teresa de Jesús; pero es un gran favor de la Providencia nacer organizado ó haber llegado á educarse para pertenecer á las almas que tienen por centro de gravedad la conciencia: es el ideal, el colmo sublime del orgullo humano. A éstas pertenecía el Doctor RUEDA, cuya entereza moral, cuya rectitud de carácter, cuya probidad, cuyas virtudes acató nuestra sociedad y cuya muerte deploran cuantos tuvieron el honor de tratarle.

ANÍBAL GALINDO.

HONORES FÚNEBRES.



HONORES FÚNEBRES.

HONORES AL DOCTOR F. DE P. RUEDA.

El lunes 25 de Diciembre de 1882 se celebraron las exequias del Doctor RUEDA, las cuales fueron solemnizadas por una numerosa y muy respetable concurrencia. Sus restos fueron acompañados al cementerio público por casi todos los ciudadanos que llenaban el templo de San Carlos en la celebración de los oficios religiosos. Llegados aquéllos al pórtico de la última morada, fueron detenidos delante de la tribuna fúnebre, para recibir la postrera ovación debida á las cualidades que adornaban á este dignísimo ciudadano.

El señor Doctor Nicolás Esguerra dijo :

Señores :—¿ Qué podre yo decir en presencia del cadáver de quien fué uno de mis mejores amigos ? ¿ Cómo dominar la emoción de que estoy poseído, como lo estáis vosotros, en esta tristísima solemnidad ? Si son rebeldes las palabras cuando queremos emplearlas para la despedida de personas queridas de quienes nos separamos temporalmente, y las lágrimas, los sollozos y las reticencias son los signos que en tales casos expresan nuestras ideas, ¿ cuánto más rebeldes no serán ellas en la presente ocasión ?

Todos los que, impulsados por el sentimiento, han querido acompañar en su última jornada los despojos mortales que tenemos á la vista, saben qué preciosísima joya moral é intelectual se encerraba en tan frágil urna.

A la tierra, nuestra madre común, devolvemos lo que á ella se le asimila, y á eso hemos venido á este lugar de eterno descanso y de objetiva enseñanza ; pero el espíritu inmortal de nuestro amigo Doctor Rueda acaso nos contemple en estos momentos desde las alturas infinitas de luz y de verdad, en donde él habrá recibido el premio de una vida que puede ofrecerse como modelo á quien aspire á merecer el título de buen ciudadano, buen amigo é incomparable hombre de familia.

Ese cerebro que encerraba las más poderosas facultades mentales, ya no abriga idea alguna; ese corazón que latía á impulso de todo noble sentimiento está inerte, y rígida y fría esa mano que tantas veces estrechó las mías con el calor del mayor cariño y la no desmentida lealtad de su carácter.

Pero ya que esto, por desgracia, es así, conservaré con cariñoso respeto y conservarán mis hijos la memoria querida de mi excelente amigo, y guardaré para su muy honorable y desolada familia todo el afecto que á él le profesé y con el cual pagaba, aunque en mínima parte, el honor que yo derivaba de su fina amistad y de la confianza que siempre me dispensó.

Recibe, amigo querido, con esta corona, (*) símbolo del duelo de mi familia, el adiós muy sentido de quien fué uno de vuestros más entusiastas y sinceros admiradores.

El señor Doctor José Ignacio Escobar se expresó así :

Señores :—Pocos días tan tristes para nosotros como el de hoy, en que nos vemos en la cruel necesidad de dar el último adiós á este amigo querido y respetado, que acaba de llegar, sin mancha, al término de la vida.

Comprendo que lo que voy á decir no sería grato a nuestro amigo, si lo oyese ; porque las palabras con que se le hacía justicia sonaban á su oído como palabras de alabanza. Tengo, no obstante, que hacer algún breve recuerdo de sus méritos, á sabiendas de amargar más con ello vuestra pena, ya tan acerba ; porque es de deber estricto, y porque es bueno que la juventud vea que todavía se rinde homenaje á la virtud.

(*) La que al concluir colocó sobre el ataúd del Doctor Rueda.

Semblante severo, algo triste, como de hombre que ve la vida tal cual es. Severidad, aparente no más, para con los otros, real é inexorable sólo para consigo mismo. Frialdad exterior, que contrastaba singularmente con la extremada dulzura y benevolencia de su carácter y con la ternura é intensidad de sus afectos.

Hablaba poco, como si un impulso secreto lo llevase á reservar para la defensa de lo verdadero y de lo justo su palabra sobria y vigorosa; ó como si comprendiese—que no lo comprendía, porque jamás pensaba en sí mismo—que harto hablaba con su ejemplo á cuantos desearan aprender algo bueno.

La Justicia, tan exigente para con sus servidores, no contó ninguno más fiel y constante que él entre los que llevaban ofrendas á su templo. Pero el culto de ese númen adusto, de mano inflexible, no excluía de su corazón el de la Misericordia, que, agradecida, volvió á él, más de una vez, sus dulces y lirosos ojos.

El sabía que la vida no vale algo sino para los hombres fuertes que están siempre dispuestos á arriesgarla ó á perderla cuando el deber lo exige. A esa dura exigencia siempre se le vió corresponder sin vacilar, ya para defender la causa política de sus simpatías, ya cuando en el ejercicio de la magistratura ó de la profesión de abogado le fué forzoso arrostrar las cóleras de los particulares.

Dé Dios á todas las matronas colombianas esposos como él, amorosos y fieles; á todos los niños padres como él, prudentes y afectuosos; y á la patria hartos ciudadanos como él, probos y valientes, abnegados y justos.

El recuerdo de su bella vida, tan cara para todos nosotros y tan valiosa para el país, me trae á los labios esta exclamación de un grande escritor español, que le es aplicable, y que ojalá no olviden los jóvenes que me oyen: “Oh! cuán sólidamente procede el que es sólidamente bueno!”

El señor Doctor Napoleón Borrero dijo:

Señores: Hace apenas tres días que ocupé esta fúnebre tribuna para despedirme del Jefe de la Nación, y hoy vuelvo á cumplir con el tristísimo deber de decirle mi último adios á uno de mis mejores amigos.

En los claustros del Colegio del Rosario conocí á FRANCISCO DE P.

RUEDA, y desde entonces cultivé con él relaciones afectuosas y cordiales, en términos que, más que un amigo, era para mí como un hermano.

En el trato íntimo es donde mejor se puede apreciar el mérito de las personas; y en el seno de esa intimidad fué que estimé todo lo que valía ese espíritu recto y ese noble corazón. Austero, modesto, esencialmente modesto, hidalgo y discreto, RUEDA era un verdadero tipo de distinción, tipo tan acabado que es más fácil decir lo que le faltaba que lo que poseía. De muy notables dotes intelectuales, eran, sin embargo, superiores en él sus condiciones morales. Dos rasgos culminantes distinguían su carácter, un valor sereno y apacible en todas las situaciones, y un gran fondo de honradez.

A pesar de su modestia y de su ninguna ambición, RUEDA desempeñó con lucimiento diferentes empleos públicos, algunos de ellos de los más elevados. El fué alternativamente Juez del Circuito de Chocontá, Magistrado y Presidente del Tribunal de Cundinamarca, Diputado á la Asamblea Constituyente, Secretario de Hacienda del Estado del Tolima en la progresista Administración del Doctor Clímaco Iriarte, Intendente general del ejército de la Unión y Secretario de Relaciones Exteriores; y donde quiera dejó impresa la huella de su acrisolada probidad, de sus sólidas aptitudes y de sus talentos distinguidos.

RUEDA, sin embargo, brillaba más en el foro y en la Magistratura que en las Asambleas, y por la rectitud de sus juicios y sus conocimientos en la jurisprudencia, que poseía en grado notable, aparecía, por decirlo así, como la estatua viviente de la justicia. Jamás he visto Magistrado más digno y honrado.

Como hombre de hogar, RUEDA fué un modelo. Sus tiernos hijos recogerán sin duda la herencia de sus relevantes virtudes, y su interesante esposa y sus cariñosos hermanos y amigos, sabrán inspirarse en el alto ejemplo que les ha dejado.

Amigo querido! Cuántos recuerdos me despierta tu memoria grata. Nuestra vida de colegio, nuestras reuniones de familia, nuestros viajes al Tolima, todo, todo se me representa en la imaginación con los colores más vivos.....Pero me siento muy conmovido, señores, y no puedo continuar. No me es posible poner concierto en mis ideas, ni hacer una oración digna del amigo á quien va consagrada. Ante este féretro yo no haré sino derramar abundantes lágrimas.....

El señor Juan Clímaco Arbeláez dijo :

Señores: Yo también vengo á pagar un tributo de estimación y afecto al distinguido ciudadano cuyos restos venimos á depositar en su última morada.

Hace ya bastante tiempo que, en mi carácter de hombre de negocios, tuve que dirigirme al Doctor FRANCISCO DE PAULA RUEDA, entonces para mí desconocido. No necesité de mucho tiempo de tratar con él para comprender que en ese distinguido ciudadano se reunían una inteligencia poderosa, una honradez acrisolada y una modestia encantadora. Supe un rasgo de su vida que me dió la medida de sus dotes morales, y á mi estimación por él le siguió de cerca mi afecto. Al estrechar su mano como amigo y penetrar en su hogar, vi con agrado que allí se gozaba de la felicidad que engendran las más acrisoladas virtudes privadas, y tan sincera es en mí esta convicción, que yo desearía como hombre de hogar imitarle en los actos de mi vida.

Como hombre político, el Doctor RUEDA defendió sus convicciones con serenidad, pero sin defender jamás á esas medidas violentas que son tan comunes en los días aciagos de nuestras luchas políticas, y como tributo á la justicia y honra á su memoria, debo decir que aunque de opiniones políticas distintas de las suyas, y á pesar de lo injustas que son muchas veces nuestras apreciaciones políticas, jamás he oído un cargo que pueda estimar como una mancha á su memoria, y llamo la atención á esta circunstancia, porque ella es para nosotros una saludable enseñanza.

Como hombre político, el Doctor RUEDA defendió sus opiniones en el terreno en que es lícito á todo hombre defender las suyas, porque en el fondo de su ser había una gran benevolencia. Como abogado, fué decidido defensor de la justicia y á lo que él juzgó justo sacrificó reposo y toda otra consideración que no fuera el cumplimiento de su deber. Como hombre de hogar, fué un tipo que puede señalarse como modelo en nuestros días. Hombre de pocas palabras y de una rara modestia, si para sus funerales falta ruido, para lamentar su muerte sobrarán lágrimas.

Honrado y modesto amigo! La memoria de tu vida no se hundirá contigo en la tumba. En cada uno de los que aquí venimos á deplorar tu temprana muerte vivirá tu memoria y habrá en nosotros para la desolada viuda y los huérfanos hijos un tributo de respeto y consideraciones.

El señor Doctor Alejandro Córdoba se expresó en estos términos :

Señores:—Yo no soy orador; soy simplemente un hombre de corazón, amigo del Doctor RUEDA. Como tal es que me atrevo á ocupar esta tribuna, siguiendo la costumbre que existe de despedirse en público de las personas notables y queridas. Yo también quiero decirle adiós á este noble amigo, porque me siento impelido á ello por la triteza que me causa su repentina ausencia.

Creo que si todos los caracteres fueran como el de este amigo querido, distinguido ciudadano, la República que imaginó Platón podría ser una realidad, y la felicidad en la vida, y especialmente en el hogar, no sería sólo bello ideal.

El Doctor RUEDA fué un tipo moral, un carácter completo. En toda posición que le tocó ocupar, desde sus primeros días hasta hoy, cumplió su deber. Para conocerlo, para estimarlo mucho, era necesario tratarlo de cerca. Su modestia, su sencillez y su recato eran tan notables como su energía y su valor.

Yo, conmovido, como he tenido que conmoverme por la muerte de un amigo tan predilecto y de tanto mérito, no deseo otra cosa para mi patria sino que los ciudadanos de Colombia lo imiten.

Adiós! respetado y querido amigo: ojalá que desde la mansión de los espíritus elevados y justos, donde sin duda os encontráis, miréis dentro de mi pecho el sentimiento con que os dirijo este adiós!

UN EPISODIO DE LA VIDA DEL DOCTOR

FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

En el mes de Abril de 1854 la República se había declarado en guerra por la sublevación y dictadura del General José María Melo. Yo estaba entonces en Tunja en el Colegio de "La Trinidad," regentado por el virtuoso presbítero Luis Niño, que fué después Obispo de Pamplona. Nuestras tareas escolares fueron interrumpidas bruscamente, pero nó sin que presentáramos certámenes públicos, en medio y á pesar de la borrasca revolucionaria. Concluidos estos actos, muchos de mis compañeros y yo quedámos esperando con la mayor ansiedad que nuestras familias mandaran por nosotros.

Entre tanto, Tunja se había constituido en cuartel general de las fuerzas constitucionales. La ciudad hervía de reclutas y veteranos, y casi todos los edificios públicos se habían convertido en cuarteles. El entusiasmo en favor de la Constitución y en contra de la dictadura se manifestaba en todas las bocas y en todos los semblantes.

Una tarde anunciaron la llegada de un nuevo cuerpo de voluntarios que iba á engrosar las filas ya considerables de los defensores de la Constitución. Una chispa de entusiasmo se difundió de nuevo en la ciudad, y el General Franco, que compartía con el General Herrera la suprema dirección del ejército, salió al encuentro de aquellos voluntarios, aclamados todos por los espontáneos vítores de la multitud.

De pie en el atrio de la iglesia correspondiente al Colegio de Boyacá, y apoyado en el brazo de un condiscípulo mío, vi desfilár aquella tarde, entre muchos individuos que me eran desconocidos, al ya citado *General Franco*, á *Narciso Gomez Valdés*, á *Felipe Plazas* y *Agustín Torres*, los dos últimos paisanos míos, y que con los dos primeros debían sucumbir algunos días después en la funesta jornada de *Cipaquirá*.

Al llegar á uno de los costados de la plaza, el General Franco dirigió una bonita arenga á los recién llegados, felicitándolos por su decisión y prometiéndoles una pronta y segura victoria. ¡Quién le hubiera dicho entonces á aquel valiente jefe que la suerte iba á esquivarle sus favores, y que su simpática causa no debería obtener la victoria sino después de muchos reveses y á costa de muchas víctimas!

Concluída la arenga del General Franco, uno de los oficiales felicitados por él pidió permiso para leer unos versos compuestos expresamente para esta ocasión por un amigo suyo á quien su modestia impedía recitarlos.

Entonces, en medio del repentino silencio de la multitud, se dejó oír una voz clara, que en una entonación propia de los épicos versos que recitaba, conmovió al auditorio, electrizó los ánimos é hizo que estallara un trueno de aplausos al final de cada estrofa.

Los aplausos se renovaron frenéticamente cuando se concluyó la lectura de aquellos versos, y la multitud pidió con impacientes voces el nombre y la persona del inspirado poeta.

—Aquí lo teneis! exclamó su generoso Mecenas, saboreando con delicia el triunfo literario de su joven amigo.

Y mostró á su lado á un joven como de 22 años, pálido por la emoción, y en cuya indecisa y tímida mirada se leían á un tiempo la turbación, el gozo y quizá también el noble orgullo de su triunfo.

Aquel joven se llamaba FRANCISCO DE PAULA RUEDA.

Hace cerca de 29 años que pasó esta escena, y ya no se borrará nunca de mi memoria. Hoy, que aquel excelente y preclaro ciudadano ha bajado á la tumba, me es grato consagrar este recuerdo á su cara memoria.

El Doctor FRANCISCO DE PAULA RUEDA nació en Tasco el 29 de Junio de 1832, y murió en Bogotá ó en sus inmediaciones el 24 de Diciembre de 1882. Era hermano menor del ilustrísimo señor Doctor Juan Nepomuceno Rueda, Obispo auxiliar de Boyacá y benefactor de Sogamoso.

Enero 20 de 1883.

T. A. M.

VOTO DE CONDOLENCIA.

Estados Unidos de Colombia—Estado de Boyacá—Presidencia de la Asamblea legislativa—Tunja, 3 de Noviembre de 1883.

Señora Biviana V. de Rueda—Bogotá.

La Corporación que tengo el honor de presidir, en su sesión de hoy, aprobó por unanimidad de votos la proposición que se inserta á continuación :

“ La Asamblea legislativa del Estado soberano de Boyacá,

“ CONSIDERANDO:

“ Que han muerto los distinguidos hijos de la República, señores General Julian Trujillo y Doctor Francisco de Paula Rueda, éste el 24 de Diciembre del año próximo pasado, y aquél el 18 de Julio del corriente;

“ Que ambos ciudadanos prestaron importantes servicios á la causa de la República y dejaron eminentes virtudes que imitar ;

“ Que es un deber reconocer el mérito y premiarlo con aplauso y gratitud, sobre todo en países de nuestra índole republicana, en los cuales sólo la gratitud es la recompensa de los servidores abnegados,

“ RESUELVE:

“ Consignar en el acta de este día que los representantes del pueblo boyacense, á nombre de él, dan un voto de condolencia por la prematura muerte de estos distinguidos ciudadanos, quienes, en los elevados puestos que ocuparon, manifestaron siempre decidido entusiasmo por la causa de la República.”

Séame permitido, al transcribirla, expresar á usted mis particulares y profundos sentimientos de condolencia por la muerte de su distinguido esposo.

Con sentimientos de especiales consideraciones soy de usted atento servidor,

ISIDORO PÁEZ S.

CONFERENCIA

DE SAN VICENTE DE PAUL EN CHIQUINQUIRÁ.

Mi señora Biviana Vargas de Rueda—Bogotá.

Muy estimada señora de todas mis consideraciones:

El Consejo Directivo de la Sociedad que tengo la honra de presidir, en su sesión de 21 de Marzo del presente año, á moción del hermano señor Rafael Salgado, aprobó por unanimidad de votos la siguiente proposición:

“En vista del informe que el señor Casas Rojas acaba de dar acerca del modo como desempeñó la comisión que le fué dada para que consultara con abogados de Bogotá el pleito promovido sobre propiedad de la casa del Hospital, el Consejo Directivo resuelve:

1.º Dirigir al señor Doctor FRANCISCO DE PAULA RUEDA una nota en la cual se le manifieste el profundo agradecimiento con que esta Corporación ha tenido conocimiento de la bondad con que él se sirvió oír y despachar *gratis* las consultas que le fueron hechas, y la generosidad con que ofreció su valiosísimo apoyo para la defensa de este negocio; y

2.º.....”

Y en su sesión de hoy la Conferencia aprobó, también por unanimidad de votos, la siguiente proposición:

“La Conferencia lamenta, con sentimientos de profunda tristeza, el fallecimiento del señor Doctor FRANCISCO DE PAULA RUEDA, pues recuerda con gratitud la buena voluntad, el espíritu de beneficencia y el notable acierto con que, como abogado, él se sirvió oír y despachar *gratis* las consultas que se le hicieron, referentes al pleito sobre propiedad de la casa del Hospital, y la sinceridad con que ofreció continuar prestando sus generosos servicios. Transcribábase esta proposición á los deudos del finado señor Doctor RUEDA.”

Al transcribir á usted, de orden de la Conferencia, las proposiciones anteriores, séame permitido expresar el deseo que abrigo de que, como testimonio de honor y de justicia, ellas puedan contribuir á mitigar el acerbo y vehemente duelo de usted y de la familia.

Con sentimientos de consideración y de respeto me suscribo de usted muy atento y seguro servidor Q. B. S. P.

JESÚS CASAS ROJAS.

Chiquinquirá, Diciembre 31 de 1882.

EPÍLOGO.

EPÍLOGO.



UN RECUERDO.

LA SEÑORA BIVIANA H. DE VARGAS.

Dejar lo que más amamos en el mundo, ó perderle para siempre! Hé aquí la alternativa espantosa, en la cual ni aun tenemos el derecho de elección: hé aquí la ley terrible de la cual no nos es lícito apelar.

Obedeciendo á esta ley inexorable, nos dejó para siempre la señora BIVIANA H. DE VARGAS, á cuya memoria consagramos hoy un débil tributo.

No escribimos estas líneas para las personas que tuvieron la fortuna, ó más bien, la desgracia, de conocer á esta apreciable señora, y de admirarla como una mujer singular: ellas lloran, como nosotros, su pérdida mil veces sensible, sin otro consuelo que elevar sus manos á Aquel que todo lo dispone, para bendecir en su santa voluntad.

Queremos solamente grabar el nombre de nuestra amiga en la memoria de todas las personas sensibles á cuyas manos lleguen estos renglones; y ya que no podemos hacerla conocer de todo el mundo, séanos permitido, á lo menos, perpetuar por medio de la prensa un ligero recuerdo suyo.

La señora BIVIANA H. DE VARGAS, joven aún, y llena de atractivo, dejó de existir el 24 del corriente á las tres de la tarde, después de una larga y penosa enfermedad, que puso á prueba su paciencia cristiana y resignación evangélica. Parece que Dios envió al mundo esta criatura superior para llenar una misión de caridad, de beneficencia y de consuelo para con un gran número de personas. Ella comprendió muy

bien esta misión y supo llenarla en la cátedra del enfermo, en la choza del indigente, en la desgracia del amigo; siempre fué la primera, la más solícita, la más constante en prestar sus auxilios, aunque huyendo de la ostentación y vanidad. Siempre extendió su mano generosa al desvalido, siempre socorrió al necesitado y prodigó sus consuelos al ánimo abatido. Su mayor placer, su más dulce satisfacción, era prestar un servicio, no importa la clase, condición ó circunstancias de la persona que lo necesitaba ó lo exigía.

Dotada de un talento despejado y de una sensibilidad exquisita y habiendo cultivado su inteligencia más de lo que es común en su sexo, era el encanto de las personas que la trataban familiarmente. Su modestia extremada y su porte distinguido y señoril daban nuevo realce á tan estimables prendas.

Generalmente era citada esta matrona respetable, como un tesoro de virtudes domésticas y un modelo perfecto de buenas esposas, de tiernas madres, de amigas solícitas y verdaderas, y cuánto era el interés y aprecio que ella inspiraba, lo demuestran la agitación y ansiedad que durante el curso de su enfermedad, y sobre todo en sus últimos momentos, manifestaron multitud de personas que no tenían con ella relación alguna.

Quien no conoció á nuestra buena amiga dejó de saborear los encantos de la verdadera y pura amistad; quien no tuvo la fortuna de ponerse en comunicación con esta alma grande, noble y generosa, dejó de conocer una criatura privilegiada en quien se reflejaba claramente un destello de la Divinidad; así como el viajero que en su peregrinación deja desapercibido las flores más bellas que adornan su camino.

Abundantes y amargas lágrimas se han derramado sobre ese cuerpo inanimado, antes hermoso y lleno de vigor, hoy despojo de la muerte y desengaño de la vida.....

Nosotros, con los ojos nublados todavía por el llanto, trazamos estas líneas para dar un justo pésame á su inconsolable esposo, á su familia y amigos, y para desahogar algún tanto nuestro corazón oprimido.

Bogotá, 27 de Septiembre de 1850.

RUFINO CUERVO.

D. JORGE VARGAS.

FRAGMENTOS BIOGRÁFICOS.

I

El 23 de Abril de 1806 nació el Doctor JORGE VARGAS en la Villa de Charalá, de la antigua Provincia del Socorro, hoy sección del Estado de Santander. Fueron sus padres D. Miguel de Vargas Sarmiento y Doña Nicolasa Nieto de Paz; gente de buen linaje, y, sobre todo, educada en la escuela de la sencillez de costumbres, la piedad cristiana y la virtud austera.

No contaban aquéllos con suficientes bienes de fortuna para proporcionar á todos los hijos una instrucción profesional; ni podían contar con ellos, siendo así que las conmociones populares de que fué teatro la Provincia del Socorro en el último cuarto del siglo pasado, los sucesos de la magna guerra de independencia y otras varias causas hicieron sentir allá, como en pocas secciones del Virreinato, las más ruinosas consecuencias, ora sobre las fortunas acumuladas, ora sobre las que se fincaban en una honrada y laboriosa industria. Desfavorables eran, pues, las circunstancias para que el joven VARGAS pudiera emprender desde temprano estudios serios y formales, que era lo que exigían sus buenas dotes intelectuales y su decidida afición á las letras; desfavorables, no menos que por la escasez de recursos, por la forzosa clausura de escuelas y colegios, á virtud de las imposiciones de una guerra tenaz y prolongada. Así, él hubo de pasar sus mejores años, más que dado á los libros, entregado á ejercicios físicos y labores puramente rurales, que contribuyeron á proporcionar á la familia una modesta subsistencia.

Por fortuna, empero, para las aspiraciones del joven VARGAS, uno de los más distinguidos hijos de Charalá, el ilustrado y respetable señor D. Joaquín González, abrió por temporadas en su propia casa una escuela, en la que daba gratis á los niños de familias decentes algunas lecciones de moral, y muy particularmente de latinidad; y á favor de ese instituto excepcional, este joven aplicado y juicioso pudo hacer sus primeros estu-

dios literarios en su suelo nativo, como los hicieron Juan de la Cruz Vargas, José Vega, Cayetano Uribe, León Vargas y otros varios de la misma edad y condiciones, que más tarde vinieron á ocupar eminentes puestos en la sociedad.

Terminada la guerra en el interior, y abiertas las enseñanzas universitarias, el joven VARGAS manifestó vivos deseos de venir á Bogotá á emprender formalmente los estudios objeto de sus constantes aspiraciones. Por entonces ya había muerto su padre, y esto hacía todavía más difícil la asignación de recursos; pero haciendo las veces de éste su hijo Santiago, acordó con la buena madre todo lo conveniente sobre el particular, sin excusar sacrificios; y confiando en Dios y en las buenas disposiciones de ese joven anheloso de ciencia, lo encaminaron á Bogotá el año de 1822, con destino á estudiar y á sufrir..... A sufrir hemos dicho, y por cierto con mucha razón; pues sin contar las cotidianas privaciones del estudiante pobre y alejado de su familia, es de advertir que por aquellos tiempos eran sumamente escasos, y por tanto carísimos, los textos de enseñanza; de suerte que quien no tenía libro propio, tenía que tomarlo prestado por angustiados términos, ó arrimarse al amigo en las horas de paso, para aprender la conferencia oyéndola leer. Y en ocasiones, su labor era todavía más ingrata; pues siendo extrema la escasez de ejemplares del texto adoptado, el estudiante pobre tenía que suplirlo copiando al manuscrito las lecciones, ó escribiendo á favor de la memoria lo que acababa de oír en el aula al profesor.

Al hacer el joven VARGAS sus primeras matrículas en el Colegio de San Bartolomé, hubo de pasar por una penosa alternativa, conforme al régimen universitario: ó se matriculaba en los respectivos cursos de latinidad, ó se sometía, si era que pretendía una habilitación, á un riguroso examen en presencia de la clase respectiva. Él, recordando las lecciones del respetable señor González, y midiendo prudentemente sus fuerzas, optó por lo segundo; y surtido el examen con las formalidades reglamentarias, el sustentante salió aprobado con plenitud. Y, en verdad, no debían de ser escasos sus conocimientos en la materia, pues andando los días, VARGAS fué llamado por el señor José María Triana al desempeño de una cátedra de latín en el colegio que ese acreditado institutor dirigió por largos años en esta capital: eventualidad que le proporcionó al hijo de la Provincia algunas relaciones importantes, medios de estudiar sin grandes obstáculos varias materias filosóficas, y, algún tiempo después,

hasta recursos de subsistencia,—recursos que vinieron á relevar á la familia de la pensión que á duras penas podía sufragar.

Llegado el caso de emprender estudios superiores para una carrera profesional, optó por la medicina, como la más adecuada al ejercicio de sus sentimientos humanitarios; y al efecto, haciendo todo esfuerzo y venciendo toda dificultad, estudió en los claustros de San Bartolomé, en el Hospital de San Juan de Dios, y donde quiera que pudo, desde 1825 hasta 1833, en que rindió con lucimiento sus últimos exámenes y obtuvo á un tiempo los grados de Licenciado y Doctor en aquella Facultad.

II

No tuvo el Doctor VARGAS la fortuna de dispensar á su querida madre los primeros servicios de la profesión, ni de poner en sus manos la primera moneda obtenida por razón de honorarios, porque antes de su grado, ya la muerte había tendido su manto de tinieblas sobre el mundo de recíprocas esperanzas que la imaginación había forjado y el corazón había sabido alimentar con el fuego de los afectos; pero en cambio, luégo que él tuvo posibles, se dió el placer de servir eficazmente con sus recursos ó sus influencias á muchos individuos de su numerosa parentela colateral.

Doblemente estimado en Bogotá, así por sus conocimientos científicos como por sus buenas condiciones de hombre de sociedad, el Doctor VARGAS hubo de radicarse en esta capital, donde fácilmente se relacionó con las más respetables familias, tales como la del General Santander, la de los Herrán, la del Ilustrísimo señor Mosquera, &.^a, &.^a, de muchas de las cuales poseé prendas objetivas de amistad y cariño, que él aún conserva como tesoros de inmenso valor.

Dispuesto á contraer matrimonio, su buena posición social lo hizo acreedor á la mano de una de las más distinguidas damas de Bogotá, la señora Doña Biviana Heredia: “mujer cristiana, de alma virtuosa y compasiva, y corazón nacido para el amor y para la amistad,” según la expresión del Doctor Ignacio Gutiérrez Vergara; “alma grande, noble y generosa, criatura privilegiada, en quien se reflejaba claramente un destello de la Divinidad,” según la frase del Doctor Rufino Cuervo; “hija, hermana, esposa y madre de virtud ejemplar,” según la inscripción latina

que hizo grabar sobre la losa que cubre su sepulcro el eminente Pontífice Mosquera.

La suerte, sin embargo, no le fué consecuente al Doctor VARGAS, pues á los pocos años quedó sin aquella digna compañera suya. Él pudo, desde luego, por su edad y demás condiciones, volver á casarse, á ley de conveniencia personal; pero no lo hizo, ni lo intentó siquiera, por consideraciones á tres hijos que á su cargo quedaron en edad infantil. A ellos se consagró con absoluta abnegación, redoblando cuidados y afectos, y con ellos ha compartido hasta hoy los favores de la fortuna y amarguras de la vida.

Es el Doctor VARGAS de un carácter en alto grado bondadoso. La benevolencia es una cualidad tan relevante en su alma, que bastan cinco minutos de conversación con él para que cualquiera se la reconozca sin esfuerzo ni estudio. Por índole y por educación es tolerante y conciliador, y prefiere muchas veces el sacrificio de los intereses á una disputa que le defraude la tranquilidad. Sin el vicio de la melosidad, es sumamente afable, cariñoso y cortés; de trato franco, conversación discreta y oportuna, y de lenguaje culto y moderado. Jamás se ha granjeado la enemistad de nadie, ni ha sabido cultivar un mal sentimiento contra el que gratuitamente le haya inferido algún agravio. Parece que el Doctor VARGAS hubiera nacido destinado á desmentir al cronista Oviedo, quien á mediados del siglo pasado decía de los charaleños que eran "agrestes, incultos, soberbios, inquietos y pendencieros." Verdad es, sí, que este caballero, tipo de moderación, suele exaltarse en ocasiones.—Pero, cuándo?..... Cuando, por ejemplo, le hieren los desmanes del Poder; cuando ve abatido el espíritu de justicia, y perdida la dignidad ó pervertida la noción del deber en los que mandan ó en los que obedecen. Entonces sí se exalta; recuerda que nació en el suelo de Galán y de cien próceres más, que dieron los primeros el grito de libertad aquí; compara gobiernos, hombres y costumbres de Colombia la grande, y concluye por evocar con palabras de fuego aquellos tiempos de la heroicidad y del civismo.

Ha tenido siempre el Doctor VARGAS una actividad extraordinaria; de modo que aun hoy, á pesar de su edad, cuando no tiene ningún achaque de salud, él emplea útilmente todas las horas del día en lecturas importantes, en visitar á los amigos, en montar á caballo y dirigir con acierto muchas operaciones de campo en las haciendas de sus hijos, en recetar gratis á muchas personas de su antigua clientela, en cultivar al-

gunas plantas de jardín, &.^a, &.^a Y esa actividad jamás ha tenido condiciones: de manera que para él no hay sol ni lluvia, ni horas de siesta y digestión, cuando es tiempo de ponerse en movimiento. Sus hábitos de diligencia son tales, que aun en materia de oficios y servicios que le sean debidos, él hace ó trata de hacer siempre todo lo que puede por sí, hasta con relevo de sus ínfimos sirvientes. Por fortuna cuenta el Doctor VARGAS no solo con la plenitud de sus facultades intelectuales, sino casi con la integridad del servicio de los sentidos, y con las fuerzas necesarias hasta para ejecutar mucho de lo que en su juventud hiciera con destreza y rapidez. Así, él refiere hoy la historia que lea, ó analiza el tema que estudie, con la mayor facilidad y precisión; recita, como en sus tiempos escolares, todo cuanto entonces recomendara á la fidelidad de su memoria, ya sea una fábula de Fedro, un fragmento de las Geórgicas ó un aforismo de Hipócrates; y en cuanto á fuerzas físicas, él aún se considera hoy capaz de transitar á pié de Bogotá al Socorro y de cortar á nado los raudales del Táquisa y el Pienta, que demarcan y guarnecen la nativa Villa.

Criado y educado en sus primeros años bajo el régimen severo, laborioso y frugal de los viejos socorranos, tiene hábitos de vida muy sencillos, á la vez que metódicos y estables, así en la alimentación como en el vestido y habitación: su regla en todo y para todo es la de la decencia sin lujo y la economía sin mezquindad.

Es el Doctor VARGAS de regular estatura, de muy proporcionada distribución de miembros, de cuerpo airoso y actitud siempre flexible, pero en todo caso grave y decorosa. A su cabeza prominente y de amplias y nutridas bases, á su frente bien delineada y espaciosa, y á su fisonomía animada y expresiva, corresponden armónicamente una inteligencia despejada, un juicio recto y una voluntad bien dirigida.

FRANCISCO DE P. RUEDA.





